

SOLIDARIDAD OBRERA SUPLEMENTO LITERARIO

Paris, Septiembre 1960 ★ Supplément mensuel de SOLIDARIDAD OBRERA, porte-parole de la C.N.T. d'Espagne en exil ✧ Precio 0'70 NF - N° 805-81

LA COSECHA

■ Deseo hacer constar, para evitar erróneas interpretaciones, que mi postura, en lo que concierne al régimen futuro de España, es federal.

Estimo que ha fracasado el centralismo; que cada uno de los países españoles tiene un derecho natural a la plena libertad de su vida política y cultural, y que su autonomía no admite más linde que la que impone la unidad de destino de todos los países españoles.

También opino que, para lograr tal fin, conviene no incurrir en acciones o palabras poco meditadas susceptibles del reproche de separatismo.

Salvador de Madariaga

■ El individualismo, que algunos se obstinan en confundir con el egoísmo, tiene su nobleza y su hermosura. No se inclina a la derecha ni a la izquierda políticas, no mira atrás, sigue camino adelante. Individualismo preferible al gregarismo que embrutece al ser y lo afea. Pensar y obrar por sí mismo. No ulular cual los lobos ni balar cual las ovejas; conformarse con las leyes de la razón. En todo y por todo hacer exactamente lo contrario de lo que hacen los hombres de hoy, no cooperar a sus necesidades, no participar de sus gesticulaciones, no corresponder a sus provocaciones ni a sus consignas. Tal es la sola actitud lógica que adopta serenamente, en este mundo de locos, el individualista libertario.

Ni subhombre ni superhombre. Sencillamente: hombre.

Gérard de Lacaze Duthiers

■ El ser contemporáneo no sabe contemplar un río: quiere pescar.

Cuando alguien, por razón de edad, se retira o se encuentra retirado de aquellos deberes que creyó que se oponían a su tranquilidad, entra en un limbo que le angustia más y al que intenta poner remedio buscándose nuevas tareas, modernos compromisos y obligaciones, porque la soledad y su condición de dimitido le horroizan.

César González Ruano

■ Antes se solía disputar por la mejor religión, rompiéndose frecuentemente la crisma por ello. Hoy se disputa por la mejor nación, con el mismo resultado. Los dogmas de la teología se trasladaron a la política y de la misma manera que la Iglesia se presentó

anteriormente como protectora de los intereses religiosos, el Estado se ha presentado posteriormente como el protector de los intereses nacionales. De ahí viene el origen de ese infortunado dualismo entre el sentido personal del derecho y el derecho del Estado que culminó en la famosa sentencia: «Wrong or right, my country» («Injusta o justa, mi patria»).

Rodolfo Rocker

■ En la Revolución española se demostró que el proletariado si es capaz de hacer marchar campos, fábricas y talleres, como toda otra fuente de actividad productora, sin la onerosa tutela de los que, con fines de lucro, todo lo adulteran y complican. Se probó de manera fehaciente que los trabaja-

dores de todo orden saben y pueden trabajar sin el amo, el capataz, ya que con pleno sentido de responsabilidad organizaron grandes y pequeñas industrias en forma colectiva, tanto en el campo como en las ciudades que quedaron fuera del dominio fascista, poniendo como módulo comparativo el valor función del trabajo para las permutas e intercambios que se operaban entre las distintas localidades de las zonas socializadas, eliminando de este modo a la catterva tradicional de elementos parasitarios.

José Alberola

■ José Hernández presenta su «Martín Fierro» (1) como un gaucho bueno y trabajador, probablemente igual a muchos otros. El

poema está escrito como autobiografía; el héroe, un payador, canta su propia historia. El canto II describe una especie de edad de oro de los gauchos, en que, el trabajo les daba la felicidad. Como el poema del vaquero de Robinson Jeffers, piensa que la vida del hombre a caballo es buena vida. Un buen día lo enrolan a la fuerza, como si fuese un vago y no tuviese familia que mantener, simplemente porque lo encuentran improvisando sus versos en una taberna; lo separan de los suyos, de sus caballos y vacas. En el ejército, los oficiales le tratan rudamente (a él, que nunca había conocido como alguno), le dan poco de comer (a él, para quien el alimento nunca había sido problema) y no le pagan (aún cuando, legalmente, tenía derecho a ello); por último, tiene que vérselas con despiadados salvajes. Al cabo de algunos años de tal servidumbre deserta del ejército, se coloca fuera de la ley y cae en los peores hábitos de los gauchos matreros: bebe, juega, se hace pendenciero y llega hasta a matar a dos hombres. Es libre, pero siempre ha de huir de la persecución. Por último decide unirse a los indios. Aun así, al marcharse, cuando se vuelve a ver las últimas aldeas de los blancos, dos lágrimas ruedan por sus mejillas.

Pedro Henríquez Ureña

■ Diariamente se emiten quejas porque en la vida hay demasiados hombres que viven separados de las mujeres por no saberles hablar, por cuya causa se inclinan por la soledad, o por la frecuentación de personas de su sexo en el centro o la taberna, buscando la relación femenina en el lupanar. Pero tales hombres tendrían más tendencia a quedar en familia de haber contraído desde su infancia el gusto y aún la necesidad de vivir cerca de mujeres; y si la compañera del hombre ha recibido idéntica coeducación el casamiento no resultará, como frecuentemente ocurre, el ingrato ayuntamiento de dos seres extraños, incapaces de comprenderse; será, por el contrario, la unión acertada y armoniosa de dos personas de sexo diferente entregadas una a la otra, animadas de un mismo espíritu, convergentes en los mismos puntos de vista y con análoga concepción de las cosas.

Gastón Stiegler

■ Dios, ese producto de la imaginación y del sentimiento.

Paul Robin

(1) Obsérvese la precisión con que P. H. U. cuenta el ciclo de vida del gaucho Fierro. (N.D.L.R.)



EL PARAISO FRANQUISTA: Magníficos dibujos publicados por la revista «Umbral», de Montreal (Canadá)

REBELDES SIN CAUSA

Literatura y desorden

De manera menos técnica, más sociológica, Norman Mailer abordó el problema del «hipster», el blanco-negro. Su análisis demostraba que este individuo era un blanco que trataba de vivir como los negros en las capas subyacentes de la sociedad norteamericana. El «hipster» participa de una aguda desconfianza hacia los hombres que tienen demasiado dinero, demasiado poder en sus manos, símbolos de la más extendida manera norteamericana de vida.

El «hipster», el «rebelde sin causa» no canaliza sus rebeldías, sus negaciones hacia formas políticas o sociales. Busca, por el contrario, en el desorden y el frenesí, una salida; responde, pecaminosamente, al orgullo y al convencionalismo de una sociedad que odia. De ahí el encuentro, en el ambiente nocturno de la urbe norteamericana, de tres elementos distintos: el bohemio, el delincuente juvenil y el negro, trinidad constitutiva del «beatnik» actual.

El «beatnik» es alguien que forma parte de la *Beat Generation* cuyo más conocido exponente literario es Jack Kerouac, un escritor del que ya se pueden leer dos obras en español: «En el Camino» y «El Ángel Subterráneo». Aunque sólo desde hace tres o cuatro años el «beatnik» se ha puesto de moda, Kerouac escribió su novela «En el Camino» en mayo de 1941. Sólo en 1957 se la aceptaron los editores. Durante todos esos años la *Beat Generation* había ido cobrando forma, extendiéndose implacablemente a través de todo el territorio de los Estados Unidos. La terminación de la guerra acentuó su virulento crecimiento. Hoy la *Beat Generation* es algo más que una promoción literaria. Es una forma de vivir.

Si el existencialismo dejó de ser sólo una filosofía para convertirse en las cuevas y en los Cafés de Saint-Germain-des-Près en una grotesca expresión de todas las arbitrariedades, ahora la «Beat Generation» es una mezcla de todos los esnobismos. Y también allí existen las clases. Están los «betas» y los «beatniks», los «jazzniks» y los «hopniks», y los «bugniks» y los «hipsters»...

Consentidos y resentidos

Beat Generation —ya lo ha señalado Kerouac— significa cosas distintas en lugares distintos. En Greenwich Village quiere decir sótanos, poemas, borracheras, marijuana. En Brooklyn o en el Bronx delincuencia, patoterismo, infanto-juveniles. En San Francisco, capital literaria de la *Beat Generation* significa, además de literatura, sexo, drogas, alcohol. En realidad, todos los elementos del desorden.

El desorden expresa cabalmente a los «beatniks» no importa cuál sea su clase y su procedencia. Aclaremos, este desorden no tiene nada de revolucionario. Políti-

L A psicología del existencialista norteamericano fué primeramente estudiada y expuesta por un médico psicópata, Robert Lindner. El inventó una primera manera definitiva del tipo: rebelde sin causa, es decir, un revolucionario sin consignas, sin programa, sin soluciones, viviendo exclusivamente para sí, violento y rapaz como todos los psicópatas.

camente el «Beatnik» carece de principios. Kerouac se indignaba cuando Ben Hecht, en una entrevista para la televisión, pretendía hacerle hablar mal de América, de Dulles, de Eisenhower, del Papa. Si a veces el «beatnik» reparte proclamas comunistas es por puro amor a «épater» al comfortable ciudadano que paga sus impuestos.

Los héroes literarios o cinematográficos de los «beatniks» no poseen fisonomía ideológica. Fuera de las vaguedades ningún personaje de Kerouac se preocupa por nada. La característica de Marlon Brando o James Dean, dos adorados de los «beatniks», era un tic nervioso, reflejo de cierta inestabilidad emocional.

Es un error asimilar a los «beatniks» con los jóvenes iracundos ingleses o con los de la «nouvelle vague». En éstos no es difícil descifrar una moral subyacente porque su obra es fundamentalmente satírica y en toda sátira va implicada una moral. En cambio el universo del «beatnik» es nocturno, subterráneo. No es un hombre al margen. Está debajo. El hombre marginal es un anarquista, un revolucionario, pero de alguna manera pertenece a la sociedad puesto que quiere transformarla. El hombre subterráneo, no; la niega, se oculta a ella, se substrahe, desaparece, se destruye. De ahí que, en el caso del «beatnik», la droga juegue un papel tan fundamental.

Los ingredientes literarios de que se componen las expresiones más importantes de los «beatniks» son muy poco limpios y siempre de carácter negativo: promiscuidad sexual y de la otra, drogas. Las novelas de Kerouac revelan el frenesí de unos tipos cuya única ocupación real parece ser la de cometer todos los pecados que horrorizan al americano medio. En eso parece consistir toda su rebelión. Cuesta muy poco adivinar que en el fondo se trata de una rebelión falsa, que la raíz del problema tal vez radique en una actitud inhibitoria, resentida, contra la realidad en torno. Un crítico ha señalado que los bichicomes de Kerouac andan en Cadillac. Tal vez exagere. Pero no hay duda que la rebelión de los «beatniks» es una rebelión de consentidos. Y todos los consentidos son viciosos. En el vicio parece residir toda la filosofía de esa generación.

Dos testimonios

Por un proceso gradual la droga aniquila la voluntad, después la vida. Un alucinante testimonio de

este proceso lo ofrece un «beatnik» reformado, vuelto milagrosamente del infierno de la droga: William Burroughs. Su deposición está contenida en un libro que se titula *The Naked Lunch*, título que le debe a Kerouac, según ha reconocido. El último acto lúcido de este hombre, antes de llegar a la total aniquilación en un tugurio de Tángier, fué el de utilizar su último cheque para llegar a Londres y ponerse en manos de médicos. Pero se trata de un testimonio parcial referido al proceso de degradación por la droga. Ya hubo otros antes.

En cambio, un verdadero docu-

«He visto las mejores cabezas de mi generación destruidas por la locura, muertas de hambre, histéricas, desnudas, arrastrándose por los barrios negros en la madrugada buscando la ferocidad de un coito

.....
¿Qué esfinge de cemento y aluminio les partió el cráneo y les comió el cerebro y la imaginación?

¡Moloch! ¡Soledad! ¡Podredumbre! ¡Falsedad!
¡Tarros de basura y dólares inalcanzables!
¡Niños chillando debajo de las escaleras!
¡Muchachos sollozando en los ejércitos!
¡Ancianos llorando en los parques!

El largo poema de Ginsberg alude a la más horrible experiencia de la *Beat Generation*, es, en cierta manera, su Odisea, expresada sin duda más conmovedoramente que en las novelas de Kerouac.

Kerouac, o la vuelta al pago

Recientemente, en unas declaraciones, expresó el novelista inglés John Wain que no hay ninguna relación entre la «Beat Generation» y los «Jóvenes Iracundos» ingleses. Dijo: «En general, me parece un movimiento espúreo. Un exhibicionismo y la responsabilidad literaria nunca han ido juntos. Los escritores más viejos del movimiento, como Rexroth y Miller, son una adopción posterior de los jóvenes. Miller, por cierto, escribe extraordinariamente bien. Pero casi todos los demás deberían emplearse en una agencia de publicidad y no ocuparse de literatura».

Desde varios ángulos se le ha hecho objeción a la «Beat Generation» de ser un movimiento lanzado publicitariamente. Ya se sabe cómo ocurren esas cosas en Norteamérica. Las últimas expresiones personales de Kerouac permiten más todavía incurrir en esas conjeturas.

No se relacionan debidamente los aullidos de Ginsberg con los

«beatnik» es el poema de Allen Ginsberg, *Aullido* (Howl), prohibido al principio por las autoridades de San Francisco, donde apareciera por primera vez, y del que se han agotado después varias ediciones. Según Fernando Alegria, traductor de «Howl» éste es el libro inicial de Ginsberg, con el que llega a la fama.

Ginsberg es un Whitman al revés. Su estilo —verso libre y largo atiborrado de imágenes de indudable fuerza— entronca con el de *Hojas de hierba*. Pero mientras Whitman narraba el nacimiento de un mundo, el gozo de la libertad, la apoteosis de una naturaleza abierta a la semilla y al sudor, Ginsberg relata una experiencia infernal, habla de un itinerario de aberraciones y sordideces en el que la única nota tierna y brillante es su amor por otro hombre. Carl Salomon, que ha quedado definitivamente en el manicomio de Rockland. Oigámosles:

de Kerouac cuando exclama: «Sin embargo, es como católico y no como un «nik» cualquiera que volví, una tarde, a la iglesia de mi infancia, Santa Juana de Arco, en Lowell, y que, con los ojos llenos de lágrimas, yo tuve la revelación, en el sagrado silencio de la iglesia, de lo que realmente entendía por «Beat...» Y, más adelante: «Maldición a los que crean que la «Beat Generation» significa crimen, delincuencia, inmoralidad, amorosidad... Maldición a aquellos que la atacan porque no comprenden ni la historia ni las aspiraciones del alma humana... Maldición a los que son los verdaderos y lúgubres pecadores y que Dios encuentre la fuerza de perdonarlos...» Ahí es nada. Después de los desenfrenos de «En el Camino» y «El Ángel Subterráneo» el sermón. Otro motivo de orgullo para Kerouac es haberse fotografiado con un crucifijo colgado al pecho. Por tal hazaña se cree con derecho a interrogarnos: «¿Así, pobres gentes, ustedes no creen en Dios? ¿Se creen fuertes de espíritu, sábelotodo, marxistas y freudianos? ¿Por qué no vuelven dentro de mil años a darme noticias?» ¿Estaremos ante otra argucia publicitaria o la *Beat Generation* plega velas y vuelve humildemente al pago? preguntamos nosotros.

Benito Milla

EN TORNO A PIO BAROJA

Galofobia

HE tenido ocasión de decir, al hablar de Unamuno, hace algunos años, que su altivo espíritu vasco, antimetódico en extremo, no se complacía en lo francés, al menos por entero. No le faltaban razones y ya las di. Lo mismo sucede con Baroja, que ha pasado por Francia y ha podido, no sólo conocer a los autores franceses, que cita y critica, no siempre con entera justicia, sino también establecer contacto con las clases trabajadoras, con el pueblo llamado que refleja, sin duda alguna, más que todo lo demás, el profundo sentir de una nación y su manera de ser.

Los franceses, no los concedo de España, que son pocos, aunque por suerte los más finos y cultos, no conciben a un español que no sea torero, limpiabotas o bandido. Bien me sé que exagero, pero no ignoro que la mayoría de los galos tienen una idea bastante estafalaria del pueblo español. Las fantasías contadas durante largos años por escritores franceses respecto a los españoles, constituyen aún, en ciertas capas sociales, prejuicios que sólo el tiempo podrá desterrar. Los extranjeros, en general, ven a los españoles a través de las corridas, los gitanos, el cante jondo y las eternas españoladas que empiezan en nuestra tierra y se repiten en América. Los extraños no se dan cuenta de que, si bien es verdad que todo español sabe decir ¡olé!, ¡viva tu madre!, no son pocos los hispanos que han aprendido desde hace largos años el célebre dicho del general Cambonne.

El señor Peseux-Richard nos dice que Baroja tiende a «grossir les effets» y añade: «Les premières pages de «La feria de los discretos» vont nous en fournir un exemple typique entre tous. Dans le train qui le ramène à Cordoue, Quintin — el héroe de la novela — voyage avec un Français et sa femme. Voici un échantillon des idées que ce Français exprime sur l'Espagne: les Espagnols passent leur vie au balcon et leur temps à fumer. Tous les Espagnols sont des toreros: à 14 ans ils ont tué leur premier taureau.

»Tout homme qui se respecte porte la navaja. Il est assez fréquent qu'un Espagnol tue sa novia et il évite généralement, par modestie, de parler de cet incident, etc.

»Pour bien ponctuer la naïveté du Français, un paysan espagnol qui se trouvait dans le même compartiment murmurait sous cape: «¡qué inocente!» (Op. cit. páginas 56-57).

«Ese francés que pronuncia navaca y no navaja y que hubiera dicho maca en vez de maja, no es un sér caído de las estrellas, sino todo un profesor de español. Por eso el señor Peseux-Richard



concluye: «Alors, cette observation, très juste en elle-même, que nous ignorons l'Espagne, prend l'aspect d'une joyeuse bouffonnerie». (Ibidem, 58).

Creo que ese famoso «¡qué inocente!» del campesino español, mal que se pese al señor Peseux-Richard, es de perenne actualidad, no aplicado a Baroja, como él quiere, sino a multitud de extranjeros que van a España y sólo buscan el color local y piden para comer filetes de ternera donde sólo existen cabras.

Los autores españoles cultos no pueden soportar con paciencia las inepticias de extranjeros en lo que

Alguien ha dicho que ser español es cosa muy seria. Tenía razón. Por consiguiente los extranjeros, al hablar de España y de sus habitantes, deben informarse primero. Es posible que detrás de cada pandereta y en torno a cada guitarra, en vez de alegría, exista tristeza profunda, un como sentimiento trágico de la vida, que sólo los espíritus refinados y cultos saben distinguir y apreciar.

El antifrancés Baroja, al juzgar a los autores galos, tiene, en ocasiones, atisbos geniales, ya que no eruditos. Al hablar de Molière, nos dice: «Respecto a Molière,

bido y no podía ser de otro modo. ¿Cómo es esto? Dejemos la palabra a Madariaga y hagamos nuestras sus afirmaciones.

Dice don Salvador: «Por la observación de su notorio antagonismo hacia Francia, se podría quizás hallar la raíz de su incapacidad para la cultura. Francia es uno de los objetos favoritos de sus sarcasmos. El hecho de que la ataque en el flaco de su armadura sólo prueba su habilidad polémica. Pero lo que nos interesa aquí no son las manifestaciones, sino las causas psicológicas de esta enemiga, y éstas, donde hay que buscarlas es en el contraste entre el espíritu de Francia y el de Baroja.

»Imagínese a este vasco primitivo con toda la agudeza, toda la sagacidad y la penetración, pero también toda la rusticidad de un campesino, al lado de Racine. Francia significa no sólo el espíritu de equilibrio, de medida, de proporción, es decir, a la postre, el sentido de la forma, sino también todas las cualidades que se derivan de la aplicación a la vida del sentido de la forma y del espíritu de equilibrio. La vida en Francia es, sí, esa materia prima pasional que Baroja gusta de observar, pero formada, modelada por un intelecto hecho. Es, en una palabra, el refinamiento» (Op. cit., pág. 175-176).

En suma, Baroja critica todo lo habido y por haber, destruye y aniquila valores, pero no nos da el remedio para sustituirlos por otros. Su carencia de intelectualidad acusada no le permite siempre establecer paralelismos ni penetrar en el fondo de las cosas. Es siempre antagonista, posición cómoda y sin riesgo. Nos dice su verdad íntima, pero esa verdad no corresponde siempre a la realidad de las cosas y, con frecuencia, induce en error. Baroja — repitámoslo — es eterno esotista al tiempo que rencoroso cabal, que no olvida ni perdona.

La guerra carlista

En cierto sentido, pudiera decirse que «Zalacaín, el aventurero», es un simple relato de la última guerra civil carlista, como el ciclo de novelas de Valle-Inclán, titulado «Guerras carlistas», que comprende: «Los cruzados de la causa», «El resplandor de la hoguera» y «Gerifaltes de antaño». Las novelas de Valle-Inclán nos presentan tipos esencialmente gallegos y tienen valor local indiscutible. A lo dicho, podemos añadir el magnífico fresco unamuniano «Paz en la guerra». La literatura, en algunos casos, puede ser indispensable auxiliar de la historia.

Baroja, como todo el mundo sabe, no carece de ideas. Tantas tiene que, con frecuencia, en vez de dejar hablar a sus personajes,

por J. Chicharro de León

a España toca. ¿Podemos imaginar a un aragonés gritando ante la Virgen del Pilar: ¡Viva la Madona! Pues bien, las citas de esta naturaleza no faltan y el señor Peseux-Richard, nos da algunas: «Veut-on comme échantillon quelques boutons de nos plus notoires écrivains? Négligemment (car on fait tout négligemment dans cette espèce de high life britannique or de gran via espagnole...)» (Le Temps), 5 février 1911, sous la signature de Gaston Deschamps. Dans une pièce intitulée «Maison de Danses», de M. P. Reboux, on invoque la Madona. On fait autant dans l'adaptation au théâtre de «La femme et le Pantin», de M. Pierre Louys, dont le roman ne contient cependant aucune hérésie» (Op. cit., nota, página 58).

Para muestra basta un botón. Cuando un autor como Baroja oye la palabra «Madona» en boca de un español, justo es que se revuelva contra el extranjero que así obra y nos diga: «Ese señor es un animal. Ignora el italiano, pues de saberlo, no pondría tal término en boca de un español, y, al hacerlo, nos prueba que ignora hasta la lengua castellana.» ¿Por qué meterse en camisa de once varas?

re, es un triste, no llega nunca a la exuberancia de Shakespeare ni a la invención que inmortaliza a Cervantes; pero tiene más gusto que Shakespeare y es más social, más moderno que Cervantes» («Juventud», etc. (4)).

En general, los autores franceses desagradan a Baroja. El autor vasco, como su paisano Unamuno, se equivocan en sus juicios. Sabemos que Unamuno profetizó la inmortalidad del «Obermann», de Sénancour, obra casi olvidada hoy. A Baroja le aburre Flaubert. No nos extrañemos. ¿Qué puntos de contacto pueden existir entre nuestro autor, que escribe a la pata la llana y el atildado Flaubert, que «se gueulait les syllabes» para evitar encuentros de sonidos idénticos?

Su juicio sobre Zola es, a mi parecer erróneo, pues no ha existido autor moderno capaz de poner en movimiento las masas, como él lo ha hecho, ni dotado de soplo épico más potente que el suyo. Las obras de la condesa de Pardo Bazán, sobre todo «Los Pazos de Ulloa», que Zola inspira, son una contradicción viva y de alta calidad frente a la crítica barojiana.

Baroja no ha comprendido a los autores franceses como es de

* «Zalacain el aventurero» *

como ya he indicado, los arrinconaba y él mismo, en persona, discurre por ellos. Es, sin embargo, menos artista que su paisano Unamuno, y si lo comparamos con Valle Inclán, en lo que a poesía y estilo concierne, justo será decir que el autor vasco saldría malparado del parangón. La comparación, en lo artístico, no es posible entre ambos autores. Baroja es menos denso que el irascible Unamuno y mucho menos artista que Valle-Inclán. Se trata de una verdad de Pero Grullo.

En «Zalacain, el aventurero», vemos casi constantemente el ambiente vasco, al menos en los episodios esenciales de la novela. Ese ambiente se describe sin afeites ni retórica al uso, de manera un tanto cazorra y fría, con naturalidad, lo que no es obstáculo para que Baroja exponga, cuando lo cree necesario, sus ideas personales, su eterno pesimismo y su nihilismo constante, que constituye en él una segunda naturaleza. A esto se une su ansia, jamás satisfecha, de acción, de movimiento, de lucha. En este sentido, «Zalacain, el aventurero», obrita que tanto le gusta a él mismo, responde a su deseo.

Frente a Baroja, Valle-Inclán se nos muestra en sus obras como artifice perfecto. Su prosa nitida, su poder de idealización, la seguridad de trazo de cada personaje, lo convierten en artista excelso. Sin alejarse de la realidad, la poetiza, la ennoblece y aun las figuras que pudieran ser antipáticas, crueles o sanguinarias, se nos muestran al ser idealizadas por Valle-Inclán como imagen de perfección suprema, difícil de igualar.

Cuando pensamos en el feroz cura Santa Cruz, idealizado por él, en su obra «Cuento de abril», fuerza nos es decir: ¡Qué poder tiene el arte! Las figuras crueles, rabiosas del cura Merino y la de Cabrera, de haber sido descritas por Valle-Inclán, nos hubieran parecido espejo de bondad inenarrable, representaciones místicas, tan inocentes y humildes como la de San Juan de la Cruz, hombre tímido por excelencia. ¡Qué contraste entre el realismo áspero e incisivo de Baroja y el idealismo poético de Valle-Inclán!

Al lado de ellos y, con más profundidad de ideas, se levanta la figura de Unamuno en «Paz en la guerra». Su pensar es más hondo, más denso y alcanza visos de tema filosófico. Unamuno sabe elevarse de lo vulgar y cotidiano a las esferas de la filosofía trascendente. El simple hecho individual o histórico se convierte en sus escritos en algo superior, de carácter sociológico, ya que en su obra el protagonista no es un hombre, sino todo un pueblo, el pueblo de Bilbao. Es un personaje colectivo.

Gómez de Baquero puede escri-

bir con razón: «Saca el asunto del marco limitado de los sucesos particulares. Diríase que tiene de él una visión trascendente, que ensancha el hecho histórico y lo eleva a la categoría de un fenómeno sociológico (por ejemplo la *lucha entre la ciudad y el campo*, entre la burguesía, en el sentido primitivo de la palabra, y las aristocracias y las plebes rurales de otra parte), y aun todavía saca de su contemplación como una poesía metafísica, panteísta, grave, agitaciones y luchas de los hombres disolviéndose en la paz de la naturaleza lo temporal y pasajero, sumiéndose y desvaneciéndose en lo eterno» (*Op. Cit.* página 177).

A esto puede añadirse la fina percepción unamuniana al descubrir el paisaje del alma, novedad en la literatura, que no ha sido desarrullada aún como hubiera podido esperarse. En efecto, al final de «Paz en la guerra» (páginas 260 y siguientes), Pachico, que es Unamuno mismo, no nos describe paisajes pictóricos, sino estados anímicos inspirados por el paisaje en perfecta armonía. El hombre se funde en el paisaje y llega a ser parte integrante de él.

El señor Marias, joven filósofo, que ha escrito no poco sobre don Miguel, repite la idea que acabamos de exponer, es decir, la oposición entre la ciudad y el campo, entre el hombre civil y «los silenciosos de la tierra», que son «la sal» de ella, pero no nos dice de dónde le viene tal concepto. Debo decir que el origen de esa idea no es suyo, sino de Gómez de Baquero. Por eso lo subrayo.

En suma, las guerras carlistas, que tienen origen popular, si bien fueron causa de graves desastres materiales, han dado origen a nobles obras en la literatura española de nuestros días.

El pretendiente don Carlos

No es simpática la figura de don Carlos, pretendiente al trono de España. Educado en el extranjero y desconocedor impecable de los problemas españoles, desencadena la guerra civil sin otra ambición que la de gobernar. ¡Lucida habría estado España con semejante rey barbudo, brutal y cerril, tocado de boina carlista!

Para Baroja, el pretendiente don Carlos no es sino pobre mequetrefe, que baila al son que le tocan, sin ideas personales e incapaz de expresarse, como es debido, en lengua castellana.

Seguro estoy de que ignoraba el vasco. En una de sus múltiples alocuciones patrióticas nos dice: «Hoy, dos de mayo. Día de fiesta nacional. ¡Abaco el extranjero! Esta pronunciación estrambótica nos recuerda la del profesor francés de español, de que hemos hablado (Cf. «Zalacain», pág. 53).

Baroja, que está a la que salta y que no pierde ripio, nos dirá en otro lugar, en un diálogo en-

tre Zalacain y un extranjero: «La verdad es — *habla el extranjero* — que es triste que por ese estúpido hombre guapo se mate esta pobre gente.»

— ¿Por quién lo dice usted, por don Carlos? — preguntó Martín.

— Sí.

— ¿Usted cree que no es hombre de talento?

— ¡Qué va a ser! Es un tipo vulgar sin ninguna condición. Luego, no tiene idea de nada. Hablé con él cuando el bombardeo de Irún, y no se puede usted figurar nada más plano y más opaco» (pág. 104).

No insistamos. Nadie ignora que en esa barandina carlista había de todo un poco: gentes fanáticas, aventureros sin escrúpulos y combatientes que no tenían respeto alguno, ni por don Carlos, ni por ninguno de sus generales.

La batalla de Láscar, perdida por los leales, da nuevo aliento a los carlistas, que se creen ya vencedores. De ahí viene la canción que Baroja cita:

«En Láscar, chiquillo,
te viste en un tris,
si don Carlos te da con la bota,
como una pelota
te envía a París.»

Esta canción, que no carece de humorismo, en lo que a la bota se refiere — se trata de «bota de vino» —, se encuentra también en «Paz en la guerra» (Austral, 238), de Unamuno, sin variante alguna.

Baroja no cita otras canciones, que Unamuno nos da, a propósito de don Carlos. Helas aquí:

«Jamás en la villa invicta
ha de entrar Carlos Borbón.
Podrá pisar sus escombros,
pero sus bellezas no. (Ibidem, 149)

Viva Carlos sin cabeza,
Viva Andéchaga sin pies,
Vivan todos los carlistas
con el pellejo al revés.

(Ibidem, 149)

Basten los ejemplos aducidos para probar que don Carlos no era *persona grata* y que los vascos españoles no son más duros hacia él que los autores extranjeros, que lo consideran como bárbaro y brutal y exento de toda cultura sólida. Tal rey es reflejo exacto del espíritu carlista español, trasunto perfecto.

Notas humorísticas

Salen a luz en «Zalacain, el aventurero» ciertas notas de carácter humorístico, que nada tienen que envidiar a las que se pueden entresacar de «Paradox, rey» ni a las que nos ofrece el chusco Lecochandegui, el jovial en «Sinfonías vascas», (Austral, 1951, páginas 159 y siguientes).

Baroja, al describir el lugar en que vivió Zalacain, nos dice: «En este caserío nació y pasó los primeros años de su infancia Martín Zalacain de Urbia, el que más

tarde había de ser llamado Zalacain, el aventurero; en este caserío soñó sus primeras aventuras y rompió sus primeros pantalones» (Austral, 13).

La madre de Zalacain, mujer buena trabajadora, al saber que su hijo le había zurrado la badana al noble Ohando, en cuya casa servía, se dice con profunda extrañeza: «¿De dónde ha salido este chico así!»; y experimentaba al pensar en él un sentimiento confuso de amor y de pena, sólo comparable con el asombro y la desesperación de la gallina cuando empolla huevos de pato y ve que sus hijos se zambullen en el agua sin miedo y van nadando valientemente» (Ibidem, 15).

Hemos hablado ya del pícaro Tellagorri, de sus mañas, así como también de su perro Marqués. Por eso, no nos detendremos en tales pasajes, ricos en humorismo picaresco.

La familia de los Ohando, al decir de Soraberrí, amigo del cínico Tellagorri, era gente *palsa* (falsa), que mata siempre a traición. Observemos que, entre los vascos, es frecuente la pronunciación de la *p* castellana en vez de la *f*. Soraberrí le recomienda con empeño que no se pronuncie nunca sin estar seguro de lo que dice y, «con este motivo, comenzó a contar una historia ocurrida en Oñate; pero al ir a especificar los que habían intervenido en su historia, se le olvidó la especie, y lo sintió, verdaderamente lo sintió, porque, según dijo, tenía la seguridad de que el hecho era sumamente interesante, y, además, muy digno de mención» (Ibidem, 32).

Cuando Zalacain encuentra a la joven titiritera Linda, que es elemento esporádico en la obra barojiana, le dice ésta: «¿Cómo te llamas?

— Martín. ¿Y tú?

— Yo, Linda.

— Así se llamaba la perra del médico, dijo galantemente Martín» (Ibidem, 35).

Terminemos estas breves notas con un ejemplo. Cuando Tellagorri se siente enfermo, llama a Zalacain y le da sanos consejos. El viejo se expresa como sigue: «Antes de poco habrá guerra. Tú eres valiente, Martín; tú no tendrás miedo de las balas. Vete a la guerra, pero no vayas de soldado. Ni con los blancos ni con los negros. ¡Al comercio, Martín! ¡Al comercio! Venderás a los liberales y a los carlistas, harás tu pascotilla y te casarás con la chica de Ohando. Si tenéis un chico, llamadlo como yo: Miguel o José Miguel» (Ibidem, 41).

Estas palabras de Baroja, ¿no constituyen una indirecta amarga contra los neutrales que viven a costa de los demás sin tener en cuenta ideales ni afinidades de orden espiritual ni moral?

Lo que trajeron aquellos vientos...

A JOSE PEIRATS

El que mal anda...

AL hablar de aquellos vientos, ya puede suponerse que nos referimos a nuestra actuación allá por tierras hispánicas, el afán de acabar con el pauperismo, el hecho de luchar para que el hombre alcanzara un poco más de libertad, el acto de subvertir los ánimos alérgicos, el propósito de cambiar los rumbos de aquella España, que igual ayer que hoy, está dominada por pandillas de clérigos, militares y terratenientes... era natural que trajeran estos lodos.

¡Ah, si hubiéramos seguido los consejos de las personas sensatas de las gentes prudentes, otro gallo nos cantara! No será porque por allí no tuviéramos aforismos y sentencias y voces que así lo recomendaban, por ejemplo:

«¿Quién te mete a redentor?»
«Agua que no has de beber déjala correr». «Así lo hemos encontrado y así lo tenemos que dejar». «Cuida tu viña y no te preocupe la del vecino» y otros cien más que predicaban conformidad y buenos alimentos, o sea, como diría nuestro buen Sancho Panza, «muere Marta y muere harta», que lo demás poco importa.

Pero el hecho de querer andar a trompicones, de no seguir los caminos trillados, de perturbar la digestión de los bien situados, de tirar alguna que otra piedra a las charcas donde croan las ranas satisfechas, la pretensión de alterar la tranquilidad de las almas benditas y bien halladas... fatalmente debía tener su castigo, el pago correspondiente a tantas y tan graves culpas.

De modo que el hecho de haber tripulado en aquel inmundo «Lasalle» para rendir viaje en el feudo del «cristianísimo, prócer, benefactor y benemérito Trujillo», allá en aquel inhóspito cementerio de cuerpos y almas llamado Corral de los Indios, donde terminó sus días por no tener una inyección de aceite alcanforado el luchador cenetista José Saltó, no es más que una consecuencia de llevar una existencia disoluta, de estar abandonados de la mano de Dios, mano invisible, pero firme, que conduce a sus ovejas en la tierra por los senderos de la paz y del bien, para acompañarlas luego por las regiones etéreas, hacia el puerto de bienaventuranza eterna, en el reino de los cielos, amén.

Por esos andurriales andarán ya los bizarros generales de la católica cruzada: Queipo de Llano, Cabanellas, Moscardó y el Yagüe de los ametrallamientos en gase, espectáculo sólo comparable al de los hornos crematorios hitlerianos, e indiscutiblemente que allí serán conducidos por sus buenas obras el caudillísimo Fran-

cisco Franco y sus mesnadas. Y la verdad es que la cosa no es para menos, dado que es el gran protector de la Iglesia católica apostólica y romana por el hecho de haber salvado a España de caer en manos de los herejes, por haberla inmunizado del virus rojo, por haber restablecido la gran tradición española de la cruz y la espada, representada por dos de sus grandes reyes: Isabel la Católica y Felipe II, y

por José VIADIU

cuyo símbolo de eterno reconocimiento al catolicismo es el mayestático y fantasmal Templo de los Caídos, rival del frío y sepulcral Escorial, ambos erigidos en honor a la perdurable y sempiterna fe de las Españas. ¡Todo sea por la mayor gloria de Dios en la tierra! Otra vez, amén.

Esto y cultivar su abdomen es lo único que importa a la cohorte vaticanesca. Si los resultados de los cruzados del falangismo añaden chuecos, si el imperialismo del caudillo se ha convertido en una inmunda hipoteca, precisamente a los del «Maine», al dólar americano; si su predominio ha costado millones de víctimas, si las cárceles están ahitas de carne torturada por los esbirros, si el pueblo español está sojuzgado, hambriento, desesperado... ¿acaso ellos no cabalgan? ¿Acaso no son los principales succionadores del régimen franquista? ¿Acaso cuando proteste su propia grey, como el caso de Pujol y algunos católicos despistados, no son ellos, precisamente ellos, los que justifican y aun aplauden a sus flageladores y verdugos?

Sin embargo, éste es el camino



que nos aconsejaban las almas piadosas que procuraban por nuestra salvación. Con ello bastaba; con ser uno más en la gran caravana del papanatismo, con ser capaz de admirar las rojez de los carrillos de abates y obispos, con saber arrodillarnos al paso de un tálamo, con el hecho de inclinarnos al toque del himno nacional, con sólo haber reverenciado a las podridas oligarquías españolas, la cosa habría marchado como una seda, sin emigración, sin el calificativo de apátrida, sin haber caído en estos andurriales donde el hombre es una especie de liliputiense frente a la gama infinita de bichos que lo envuelven. Tal vez la marinería de Colón tuvo razones para lanzar el hurra: «¡tierra, tierra!», pero la verdad es que para nosotros no resultó ningún Eldorado y menos la tierra de promisión.

En fin, si no fuese por lo enfático para justificar nuestra posición ante la llamada «España

eterna», podríamos parodiar a nuestro gran Calderón de la Barca y exclamar:

«¿Qué delito cometí contra vosotros naciendo?»

Paisajes y alimañas

En los aldeaños de una gran esplanada, nido de arañas, hormigas y otras familias que no se detallan en el Arca de Noé, en la temporada de sequía, y cubierta de plantas y hierbas, pasto de caballerías, burros y bueyes en tiempo de lluvias, circundada por montones de piedras, guardada de lagartijas, rayas y culebras, se construyeron unas quince casitas de madera, tocadas con cobertizo de palmas, en dos líneas angulares, y cuyo interior servía de morada y albergue a los colonos y sus familias, todos ellos arrojados de su suelo por el nazifascismo internacional.

La existencia que allí se llevaba no podía ser más simple y elemental. Durante las horas del día las mujeres cuidaban de la modesta mansión que daba la cantidad de animales que la poblaban, mejor era la continuación de la selva; mientras al atardecer esperaban la llegada de su compañero, con el vivo deseo de sacudir la soledad, de iniciar una de estas pláticas que sólo tienen los humildes, en las cuales el cariño y el afecto suplen lo que la fortuna y el bienestar no pueden dar; pláticas cada día repetidas, pero siempre nuevas, en que gracias al poder imaginativo, aparecía la lucecita azul de la ilusión y de la esperanza que hablaba de



nostalgias y deseos, que descubría en lejanía un mundo nuevo y mejor.

Mientras la mujer estaba embobada en el arreglo del hogar, con el sentido heroico de quien sabe resistir los avatares difíciles sin una queja, sin la menor censura, su compañero, cansino y derrengado por la palidez de un trabajo rudo e inacostumbrado, en plena faena campestre esperaba el momento del retorno a su casa, de escuchar una voz femenina, con el fin de librarse de aquel sol tórrido y abrasador, de sacudirse una tarea que mejor tenía las trazas de una maldición y de una condena.

Así, una vez terminada la hornada, buscaba una acequia o río donde se zambullía, para luego asearse un poco. Luego emprendía el camino de regreso con el ansia de que alguien compartiera sus inquietudes y fatigas, de que pudiera fundir los pensamientos y sentimientos que anidaban en su interior con los de su compañera, con los de quien sostenían juntos la dura lucha por la subsistencia.

¡Ah, cómo funde las almas el dolor, la soledad y el desamparo! De ahí que al divisar las luces vacilantes y débiles que irradiaba el modesto quinqué de petróleo (luz para nosotros más pura y radiante que la de los Campos Eliseos o que la de Broadway), el corazón brincase de contento pensando en ella en la que nos esperaba, y también en que habíamos logrado una victoria más, anunciadora de unas horas de descanso, con las cuales podríamos reponer nuevas energías para reemprender al día siguiente la marcha con renovada vitalidad, con renozado empuje.

En este intervalo entre el día que desaparece y el anuncio del alba era cuando los colonos pasábamos uno de los momentos más gratos. Poco después de cenar, se corría la voz y cada noche en casa distinta nos reuníamos varios compañeros con el fin de leer y comentar lo que decía el cabeza de familia, hombre o mujer, obsequiando a los contertulios con una taza de café. De la lectura en cada cónclave cuidaba un nuevo lector y la suscripción era pagada a prorrato.

Este simple motivo de relación y convivencia tenía la virtud de que compartiéramos opiniones y

Lo que trajeron aquellos vientos...

critérios, nos ponía en contacto con el mundo exterior, a la vez que, dentro de la infraexistencia embrutecedora y aislada que llevábamos, servía de revulsivo, de piedra de toque, que mantenía el ánimo alerta, haciéndonos pensar en nuestra guerra de liberación, ya que al fin y al cabo no fué más que un episodio de la gran tragedia mundial, cuyo primer experimento sangriento se efectuó en nuestra propia carne.

Las empresas agrícolas

Conminados entre morir de hambre en la capital o ir al campo a trasegar con el terruño, aun con la convicción de que era un esfuerzo inútil, allá nos fuimos. La tierra nos la facilitaba el gobierno dominicano; la subsistencia corría a cuenta de «JARE», que nos liquidaba a razón de cinco dólares mensuales al representante familiar y tres a los apéndices. Desde luego, podemos asegurar que no vimos un solo caso de defunción por exceso alimentario.

Al llegar al campo de operaciones nos concedieron unas hectáreas de terreno que nosotros denominamos «El tamarindo», por un árbol majestuoso de esta clase que presidía el lugar. El conjunto de pseudoagricultores que formaban la plantilla de trabajo era, por lo general, cenetista. Allí estaban Peirats, Ródenas, Beltrán, Ayuso, Panisello, Filló, Meliá, el buen sainero valenciano, y el que firma. Primero nos afanamos por desbrozar el terreno, en dejarlo en condiciones para la siembra. Una vez hecho esto lo sembramos de maní (cacahuete) y papas. ¡Qué ilusión al ver salir las primeras plantitas! Pero duró poco, en seguida las hierbas las invadieron, y las papas (patatas) fueron atacadas por un gusano al que pusimos el nombre de *Kukulus paviros*, que Meliá fue el encargado de su exterminio persiguiéndolo mata a mata. La desilusión de tanto esfuerzo vino a la hora de la cosecha; ambas fueron muy limitadas, no compensando ni con mucho el esfuerzo empleado.

De este desencanto surgió la dispersión. Unos continuaron con «El tamarindo», otros se quedaron en sus casas cultivando su pequeña huerta y un grupo fundó una nueva empresa, el P.A.P., cuyas siglas respondían a tres de sus socios, Peirats, Ayuso y Panisello, pero en resumen los rendimientos fueron parejos a cero en todas las combinaciones que se formaron, así éstas, como la de Carbó, Fernández, Adroher, Aliaga, la de Iñigo, etc.; en fin, que de esta prueba sacamos la convicción de que la tierra ha de ser para el que la trabaja, pero que la trabajen los que están ha-



Peirats, emancipado de la pampa.

bituados a ella, los que conocen sus secretos.

Pero la verdad es que es verdadero animador de aquella tribu de enfermos palúdicos y de picadas de bichos en que nos convertimos todos a los pocos meses de deambular por aquellos lugares inhóspitos, fué Peirats, con su humor inagotable, con su esfuerzo en fajarse con los bueyes, con su mulo «Borunat», que tenía más trefas y picardías que quien lo cabalgaba y que más de una vez lo puso en difícil aprieto.

Peirats intuía los momentos de negra psicosis de los colonos, llegaba en medio de la plaza con su cabalgadura, tocado con un viejo sombrero, caricatura napoleónica, anunciando una buena nueva. En cierta ocasión dijo así:

«Compañeros: Una comisión norteamericana, conocedora de nuestra difícil situación en este erial, de acuerdo con los gobiernos del Canadá y de los Estados Unidos, ha dispuesto que cada uno de nosotros, puede escoger libremente cualquiera de los dos países para radicar allí.»

Y mientras los reunidos estaban perplejos, pensando si sería verdad tanta belleza y rumiando qué lugar escogerían, terminaba diciendo:

«¿Qué tal si hubiera sido verdad? ¿Quién les quita la ilusión de este momento?»

O bien otro día daba vueltas con su mulo por todo el recinto habitado anunciando a grito pelado:

«¡Se ha terminado la miseria! ¡Se ha terminado la miseria!»

Lo cual quería decir que aquel día percibiríamos la mensualidad que era esperada con el mismo anhelo que la tierra reseca espera el don vivificador de la lluvia.

O como cierta vez se presentó con una reata de burros cargados con sacos y haciendo un rodeo por todas las casas arrojando puñados de maní, producto de la primera cosecha de P.A.P.

Y así docenas de anécdotas más que evidencian un espíritu cordial, acogedor, entusiasta. Estoy seguro de que todos los que convivimos en aquellos lares recordarán aquel Peirats del Corral de los Indios con verdadero afecto.

La Poesía



CORAZONES

Sufro. ¡Sí! Sufro.
Padezco de un mal
que brota como
manantial.
Hoy, mañana y ayer
mana y mana,
sin interrupción,
el dolor de mis entrañas.
Es el mal de ser español
el que me hunde,
el que me mata.
Hora tras hora,
veinticuatro del día,
día tras día,
el mismo horizonte:
negro, negro,
como mi alma.

Un día gritos,
al otro ayes,
y después...
¡oh, desesperanza!
el silencio de nuevo.
El silencio que impone
la guardia civil,
el sereno,
el libro cerrado,
la misa diaria.

Pero...
si opusiéramos
el corazón
contra la guardia civil,
contra el sereno,
contra el libro cerrado,
contra la misa diaria...
si un desfile,
constante, ininterrumpido,
de corazones
prenderíamos
de sus bayonetas...
esa sangre
derramada
¡os lo aseguro!
fertilizaría
la tierra salobre,
de tanta lágrima,
de España.



ESPAÑA

Desde aquí,
desde el destierro,
un corazón te llora,
y... ¡perdona!
te desprecia.
Mutismo, silencio,
ni un gesto,
y cuanto menos
una gesta.
Tú, España,
otrota, en tus harapos,
grande,

la de la aurora
de una gesta:
la del 19 de julio,
la del pueblo mudo,
mudo pero vibrante,
mudo en su valor,
mudo en su gallardía...
Hoy, silencio,
y silencio.
Nada... Nada...
¿Por qué desprecias
tu honra por un mendrugo,
otrota hidalga,
otrota quijotesca?



OLE, GOL, AMEN

¡Olé! ¡Olé!
¡Gol! ¡Gol!
¡Amén! ¡Amén!
grita un pueblo,
un pueblo,
todo un pueblo.
De pie y de rodillas
todo un pueblo
gritando:
¡Olé! ¡Olé!
¡Gol! ¡Gol!
¡Amén! ¡Amén!
Y mientras...
el cuervo, el zopilote,
el buitres, la hiena,
devorando al pueblo,
¡a todo un pueblo!
Y éste:
¡Olé! ¡Gol! ¡Amén!
Pobre y vil pueblo
que cuelga la cerviz,
humilde la frente,
y se postra,
humilde, cobardemente,
hasta convertirse
en carroña
para el cuervo,
para el buitres,
para la hiena,
para sólo
poder seguir
gritando:
¡Olé! ¡Gol! ¡Amén!

Ismael Viadri Ródenas.



Páginas de la Historia del movimiento obrero español

El pueblo madrileño en la revuelta de julio de 1854

EN julio de 1854 se produjo una de las tantas llamadas revoluciones del siglo XIX español. Diversas fuerzas políticas y militares se coaligaron contra Sartorius, conde de San Luis, favorito de Isabel II, que se había malquistado con el Senado y con los generales de prestigio como el mariscal Concha, O'Donnell, Ros de Olano, Messina; a esos descontentos se unió ya Cánovas del Castillo, como se había sumado Angel Fernández de los Ríos. O'Donnell era el jefe militar de la resistencia contra Sartorius; buscado por la policía, halló un escondite seguro en casa del hojalatero madrileño José María Allear y en la del sastré Crispín Aguirre. El pueblo madrileño tenía sus sociedades secretas y hacía circular panfletos contra la reina y su gobierno y contra María Cristina; las prisiones y deportaciones no atemorizaban.

Batidos en Vicálvaro, los militares de la oposición el 1 de julio, fué el pueblo obrero el que resolvió la situación echándose como un alud a la calle en Madrid y expresando su irritación contra los palacios y los bienes de los personajes más odiados: Sartorius, Calderón Collantes, el banquero Salamanca, la reina madre María Cristina. Sartorius tuvo que presentar la dimisión, imponente para calmar al pueblo madrileño, al que se habían sumado todos los descontentos de la clase media. Un comentarista de aquellos sucesos escribió: «Las masas, olvidándose de los caudillos, fundían en el crisol de su carácter, su rebelión. Tenían sus ansias, y querían realizarlas; tenían sus tristezas, sus dolores, sus odios, y querían acallarlos. Su vida debían vivirla, tal como fuera, sin ofrecerla a ningún magnate, ni darla a ningún caudillo. ¿Para qué? Las masas comenzaron a exudar el sentido de su existencia, comenzaron a iniciar su viraje histórico, lleno de nueva sabiduría, de inédito vitalismo; estaban irredentas y sentían ya en sí mismas germinar una fuerza que era su redención...» (1).

El pueblo estaba ya decepcionado de los jefes políticos y militares; había sacrificado muchas veces su sangre y su vida para beneficio de conspiradores de toda categoría, que sólo buscaban el propio encumbramiento. En julio de 1854 se vió una voluntad autónoma en las masas populares; la calle hizo triunfar la conspiración contra Sartorius, que había fracasado con la vicalvarada; las juntas revolucionarias de los barrios tenían más poder que el gobierno. Fué preciso llamar



a Espartero, que inspiraba alguna confianza todavía; Espartero llegó a Madrid desde Logroño, y con O'Donnell y Evaristo San Miguel, pudo calmar la exaltación de los ánimos, pero no sin que las masas impusieran un castigo ejemplar al jefe de policía Francisco Chico. Ese escarmiento aterrorizó a los generales insurrectos; aunque hubieran de forzar la salida de Madrid de la reina madre María Cristina el 28 de agosto, con cuyo motivo se produjeron nuevos disturbios, los que fueron al poder a costa de la sangre del pueblo, no tardaron en olvidarse de los verdaderos causantes de su triunfo. El comentarista citado acota: «Los mismos que provocaron la revuelta, los mismos que cuando se vieron en huida por los campos andaluces tendieron las manos suplicantes para que el pueblo los ayudase, estaban ya asustados de su obra, que no habían presumido avanzar tanto, y con resultados que reputaban funestos». Y Fernando Garrido, testigo de aquellos sucesos, escribió: «La clase productora, el trabajador, con especialidad en los grandes centros, había recibido con entusiasmo las nuevas ideas llevando a la práctica el principio de asociación, creando grandes masas que se instruían y se auxiliaban mutuamente en las grandes adversidades, preparándose para luchar por la reconquista de su derecho a una justa repartición de los productos... Como quiera que sea, las ciencias sociales eran objeto constante de estudio y en España al estallar la revolución de julio, el cuarto estado se ha presentado a reclamar su parte y a pedir intervención en las lides políticas» (2).

Durante el curso de las jornadas combativas de julio de 1854, Cervera y Garrido publicaron en Madrid un periódico clandestino

título «Hoja de las barricadas», del que se vendían 10.000 copias.

Pero todo el sacrificio hecho y toda la sangre derramada quedó en la nada pronto, ya que Espartero tuvo que ceder el puesto a O'Donnell. Volvió entonces a repetirse el juego funesto. Lo expresa así Mariano Calavia: «En la oposición, Narváez era liberal contra O'Donnell, que en el poder era reaccionario; y O'Donnell, en la oposición era demagogo contra Narváez, en el poder ultracatólico. Y los dos, instrumentos ciegos del jesuitismo. Cuando Narváez, vencido, se las echaba de liberal, y O'Donnell, descalabrado, amenazaba con la espada de Vicálvaro o patrocinaba la revelación de los «misterios», de la «clave» y de las «meditaciones», el espíritu revolucionario crecía» (3).

« El Eco de la clase Obrera » y la huelga general de Barcelona en 1855

Se ve surgir una prensa auténticamente obrera. A comienzos de agosto de 1854, ve la luz en Madrid «El Eco de la Clase Obrera», fundado y dirigido por el operario Ramón Simó y Badía, «periódico de intereses morales y materiales». La idea de una vasta asociación obrera fué entrando en la conciencia de las masas. He aquí lo que se decía en «El Eco de la Clase Obrera» el día 14 de octubre de 1855, bajo la firma de P.M.:

«Figurémonos por un momento que en Madrid, en Barcelona, en Valencia, en Málaga, en Sevilla, en Valladolid, en Tolosa, en todos los centros industriales, empiezan a asociarse por una parte los tejedores de seda, por otra los de algodón, por otra los de lino, por otra los cajistas, por otra los car-

(3) Mariano Calavia, «España y la democracia. Consideraciones crítico-históricas sobre la revolución de septiembre», (Madrid, 1879).

por Diego A. de Santillán

pinteros, por otra los albaniles, por otra los sastres, por otra, en fin, los operarios de todas las artes y oficios. Constituidas ya en cada pueblo todas estas asociaciones, nombran por sufragio universal su junta directiva. Los directores de estas juntas se asocian entre sí y deliberan sobre las cuestiones e intereses comunes. Este centro de directores se pone en comunicación con los demás centros. Los centros de toda una provincia delegan un individuo de su seno para la formación de un comité provincial que reside en el pueblo más céntrico o más fabril de la comarca. Los comités provinciales delegan otro para la de un comité nacional, destinado a dirigir y velar por los intereses de toda la clase obrera... La asociación de las asociaciones, o sea la asociación organizada en vasta escala»...

La Asociación Internacional de los Trabajadores se constituyó once años más tarde y en España hubo que esperar quince años, hasta 1870, para realizar esa sugerencia del ignorado P. M.; pero manifestaciones de ese contenido fueron preparando los ánimos y el ambiente para sembrar las ideas del socialismo y del internacionalismo, de la solidaridad y de la lucha por un nuevo derecho.

En 1854, siendo Ordóñez gobernador de Barcelona y La Kocha, capitán general, se pronunció a los obreros que presentasen demandas colectivas a sus patronos, no autorizando más que los convenios individuales. Contra esas limitaciones se produjo una huelga de protesta, con el objetivo de hacer respetar el derecho de asociación de los trabajadores, en favor de la libertad de mostrarse unidos en sus reclamaciones ante la clase patronal organizada. El propio capitán general, que había prohibido las reuniones públicas y las demandas colectivas, se dirigió al gobierno de Madrid señalando las bases sobre las cuales a su entender podrían funcionar las sociedades obreras para el arreglo de las cuestiones de trabajo. El cambio de manera de ver y de pensar se debió al espectáculo imponente de la huelga general de 1854.

Una real orden del 31 de mayo de 1854 volvió en consecuencia a dar vida legal a las asociaciones obreras. Siendo Pascual Madoz gobernador de Barcelona, se dictó el primer reglamento de las asociaciones de trabajadores. Su texto decía así:

Capítulo I. — De los que tendrán derecho a inscribirse en la sociedad.

Artículo 1.º Podrán inscribirse en la sociedad todos los tejedores

(1) Luciano Taxonera, «La revolución del 54», (Madrid, 1931).

(2) Fernando Garrido, Op. cit. tomado, t. III, págs. 261-263.

José María Vargas Vila

TODA VIA hoy, el recuerdo de José María Vargas Vila inunda temor y despierta enconadas pasiones. La maldición de toda una época —La Regeneración—, pesa trágicamente sobre lo que él encarna, lo que él representó y lo que él, con su pluma bravia, lanzó al rostro de la historia: el concepto agresivo de la libertad. Vargas Vila es caso único en los anales de la historia patria, mas aun, de Hispanoamérica. Su nombre entre nosotros no se pronuncia pero está escrito en el corazón y la mentalidad del pueblo. Sobre él y sobre su obra se ha tramado la más perfecta conspiración del silencio. Es el gran proscrito. Nadie aquí sobre él dijo nada, pero todos lo sabían todo. Una inspiración diabólica salía de su pluma cuando de atacar tiranos y corrupciones se trataba. Una inspiración divina brotaba de su febril talento cuando había que defender al pueblo, la libertad y la justicia social. Se le odió mucho y aún se le odia, porque atacó mucho y aún sus ataques perduran. Fué un eterno y enfermizo combatiente. No perdonó jamás y por eso tampoco será perdonado. Constituía el gran azote de los poderosos. Su foete caía inmisericorde sobre los privilegiados, los arbitraros, los mandones, los inescrupu-



losos. Llevaba en la sangre un sello inconfundible y desesperado de rebeldía. Padecía el vértigo de la pasión, en todas y cada una de sus formas. Extremista, no halló jamás el justo término medio para sus ideas, sus actitudes o comportamiento. Amaba y odiaba con igual vehemencia. Su fe era el li-

beralismo radical y su medio vital el ataque. El ataque feroz, demolidor, tremendo y terrible, al que no escapaba nada ni nadie.

La solitaria existencia de Vargas Vila se debatió fuera de lo común y corriente. Estaba al margen de la mediocridad. Una excesiva egolatria fundamentaba su genial petulancia. Se sabía importante —importantísimo—, y explotaba esa importancia con orgullo imponderable. A ninguno se decía lo que a él. De ninguno se hablaba como de él. Callaban ante sus ataques y si se le respondía se ocultaba su nombre. ¿Qué más daba si sus escritos combatientes no los necesitaba firmar? Pasó por la vida como un meteoro cargado de explosivos. Un índice acusador proveniente de los cenáculos políticos, las academias, las instituciones, las tradiciones y lo que llamaban cultura, se encargó de ensalzarlo ante el mundo entero. Desde que dijo ante la tumba de Diógenes Arrieta que Colombia era «un imperio monacal que nos deshonra», su prestigio creció negativamente. Qué no se habló entonces de él. Y mientras aquí sus enemigos le creaban esa aureola de ángel malo, sus novelas y sus libros caían sobre el pueblo hispanoamericano con la seducción de sus vicios y virtudes. Ese corrosivo literario creó de 1900 a 1914 la denominación del período «vargavilesco» en las letras hispanoamericanas. Ni Gómez Carrillo, ni González Prada, ni Blanco Fombona, ni Rubén Darío, lograron lo que él, ser el autor preferido de la plebe, de las muchedumbres mestizas y abandonadas por las clases dirigentes a la pluma maldita de José María Vargas Vila.

UNA VIDA, UNA TRAGEDIA

73 años vivió Vargas Vila. 100 volúmenes constituyeron su densa y popular obra literaria. No obtuvo títulos de ninguna naturaleza. No perteneció a instituciones académicas. No se le cita por ninguna parte en algún resumen o texto de literatura colombiana, si se exceptúa lo que sobre él esbozó Javier Arango Ferrer —La Literatura de Colombia, Buenos Aires, 1940, en dos páginas—, y lo que dicen escritos esporádicos aparecidos en periódicos y revistas. Entre nosotros no pasó de ser maestro de escuela. Pero en el exterior fué secretario privado del presidente Crespo, en Venezuela (1893), en España desempeñó el consulado de Nicaragua; con Rubén Darío fué miembro de la Comisión de Límites de Honduras, cuando los guatemaltecos dirimían fronteras con este país; en Estados Unidos atacó violentamente, y en sus propias barbas, «la política de garrote» que preconizaba el premier Roosevelt como pauta para el imperialismo yanqui, en una obra que Hispanoamérica recibió como el reclamo justo de sus aspiraciones: «Ante los Bárbaros»; en París presidía al gran cenáculo de los poetas y escritores hispanoamericanos, dictando cátedra de crítica, demoliendo deidades y gritando la verdad; en Venecia vivió exóticamente, rodeado de leyendas, de aristócratas decadentes con gran fama de tenorio exitoso y millonario. Le dieron el título de «marqués» cuando ocupaba un palacio de la nobleza y la prensa lo puso de moda como a predilecto hijo de dioses paganos, cuando en realidad, era un solitario amargado, dedicado sólo a sus escritos. Entre las gentes de habla castellana sus novelas eran el pan de cada día, para aquellos que escasamente sabían leer y escribir. En los corrillos de barriada, en las trastiendas de las tabernas, bajo los alares de barrios miserables o en las mortecinas buhardillas de zapateros, sastres o tinterillos, sus obras se leían —y aún se leen—, con afán, con deleitación, con fiebre sensual y soberbia reprimida. Desde México hasta la Patagonia, no hubo ni habrá jamás escritor más leído que Vargas Vila. Las excomuniones caían a montones sobre él y sobre su obra. Pero el pueblo no hacía caso y él las oía como quien oye llover. Se sonreía cínicamente ante sus detractores y buscaba el afán de su escepticismo en Federico Nietzsche o Gabriel D'Annunzio.

Nacido en Bogotá el 23 de julio de 1860, procedía de un linaje de luchadores de añosa trayectoria. Allí cursó primeros estudios pero sus escasos medios de fortuna y

Páginas de la Historia del movimiento...

de lana, hilo y algodón, de ambos sexos, con tal de que no tengan nota en su conducta y sean personas aplicadas en el trabajo.

Artículo 2.º La sociedad no es ni puede ser propiedad de ningún socio. No podrá disolverse, ni proceder a la repartición de sus fondos mientras quiera continuar la décima parte de los socios inscritos.

Artículo 3.º Todo socio que por cualquier motivo se separe de la sociedad, o sea excluido de ella, perderá todos los derechos adquiridos en la misma.

Capítulo II. — De los empleados que habrá en la sociedad.

Artículo 4.º Para la administración, régimen y gobierno de la sociedad, habrá un director primero, otro segundo, un secretario, una junta consultiva compuesta de ocho individuos y dos oidores de cuentas.

Artículo 5.º Los empleados de la sociedad serán elegidos a pluralidad de votos. Estarán obligados unos y otros a respetar y obedecer las disposiciones o acuerdos tomados por la mayoría.»

Siguen luego en los estatutos las obligaciones de esos empleados nombrados por mayoría de votos del gremio.

El capítulo IV se refiere a los

derechos de los miembros:

«Artículo 12.º La sociedad socorrerá con dos reales de vellón diarios a todos los socios que queden imposibilitados para el trabajo, previo acto de presentar a la dirección las certificaciones competentes.

Artículo 13.º Socorrer, con cuatro reales de vellón diarios a los socios que padezcan enfermedades involuntarias, previa también la presentación de certificados oportunos.

Artículo 14.º Socorrerá con cuatro reales de vellón diarios a los socios que, por causas independientes de su voluntad queden sin trabajo.

Artículo adicional: Artículo 15.º Siempre que la sociedad esté falta de recursos, podrán sus empleados suspender, por el término que consideren necesario, el pago de los socorros consignados en los artículos anteriores»...

Tales fueron las primeras disposiciones legales que reconocen y regulan el derecho de asociación de los trabajadores.

Al amparo de esa pequeña legalidad se constituyeron prontamente diversos gremios, los curtidores, los picapedreros, los pintores, los albañiles, los toneleros, los carpinteros.

por Armando GOMEZ LATORRE

o el concepto agresivo de la libertad

las perturbaciones políticas de entonces, le impidieron hacer carrera universitaria. Tronchada su juventud por la guerra, se fue a santander y se alistó en los batallones de la Revolución Radical del 05. Era cuando el general Damián Fernández desenvainó el sable en los valles del Pamplonita para acabar con la Regeneración. Tenía devoción especial por los jóvenes y aguerridos caucillos ríocanes —caucos casi todos en la victoria pírrica de La Ríunareca—, y a ellos dedicó, con furiosa diatriba a los regeneradores, sus «Pinceñadas sobre la última Revolución en Colombia. Siluetas bélicas», libro que escribió bajo la hospitalidad del general Gabriel Vargas Santos, en un retiro de los Llanos Orientales y que le valió, por parte de la Regeneración, el que su cabeza fuera puesta a precio. Perdió la guerra y tras la capitulación del general Sergio Camargo en Bucaramanga, Vargas Vila se asiló en Venezuela. En la población fronteriza de Rubio surgió el periódico «La Federación», pero eran tales sus diatribas contra el régimen imperante en su patria que el gobierno venezolano lo suspendió para evitarse líos internacionales. Pasó luego a Maracaibo, en donde la contemplación del lago y sus recuerdos y experiencias le despejaron el horizonte de lo que ambicionaba la novela. Escribía largo, tenazmente, con desasosiego y como si la vida se le fuera a acabar. Las revistas y periódicos reclamaban sus novelas. De Venezuela partió a Nueva York, donde fundó la revista «Némesis», que exteriorizaba el pensamiento latino frente al imperialismo yanqui. Cuentos, relatos, narraciones, novelas, obras de teatro, conferencias, ensayos políticos e históricos, artículos de crítica, filosofía y estética, crónicas y discursos, empezaron a calar hondamente en las masas. Se le conocía en todas partes, menos en Colombia donde no lo dejaban conocer. Pero cuando su fama golpeó en la literatura menuda que sacudea el pueblo, se convirtió en el rey de aplebeyados lectores. La alta crítica, las elites, los eruditos y el puro intelectualismo, despreciaron entonces —como ahora—, la más grande revolución que se haya hecho en el campo de las letras hispanoamericanas. Fué una revolución de abajo para arriba y eso le ha costado el grande y silencioso olvido.

Exquisito en sus gustos. Extravagante en sus aficiones y placeres. Despectivo en sus actitudes. Exigente y caprichoso en el comportamiento, en la amistad, en la conducta social. Tenía mucho de postin en su olimpo literario. Pero en el fondo era extraordinariamente sensitivo, amante único de la belleza en todas sus formas y

masa de nervios que saltaba en chispas cuando de las reivindicaciones populares se trataba. Tuvo, esta existencia trágica que se apagó en Barcelona en 1933, un vía-crucis: su soledad, su amarga e inconsolable soledad. Y un líri: su rebeldía por todo, ante todo y sobre todo. Una vida sola y rebelde no podría dejar más herencia que la obra cínica e iconoclasta de Vargas Vila.

ANTE LA POSTERIDAD

Tuvo la fortuna don Fepe, como le decía el pueblo al inquieto escritor, de tener en vida una importancia y notoriedad de que carecieron muchos ilustres colombianos contemporáneos suyos. Siendo en extremo vanidoso, despectivo, perseguido por la «genialidad» y en trance de neurastenia, sin embargo fué popular. La chispa hiriente del ingenio; la frase suelta y lapidaria; la ofensiva mordaz, hasta la saciedad; el concepto atrevido; la actitud escandalosa, o la postura aislada de perfiles soberbios, acaso fueron más bien factores favorables que le crearon ese mito de que vivió siempre rodeado.

Pero... ¿y el escritor? Fué un novelista de cantidad pero no de calidad. Escribió muchas novelas y sin embargo de ninguna de ellas puede hablarse como obra maestra en el género. De un estilo muy personal, originalísimo, queda la máxima oposición a la tradicional manera de escritor. Uno de sus críticos —Manuel Ugarte—, refiere que gustaba de los equívocos y demás juegos de palabras; amaba las frases rotundas y altisonantes, las imágenes vistosas y los conceptos atrevidos y desconcertantes; escribía en mayúsculas los nombres abstractos; comenzaba nuevos párrafos con frecuencia, principalmente después de un punto y coma; sembraba exclamaciones a granel; le daba un tono solemne y sibilino al discurso, y lo matizaba de afirmaciones violentas y dogmáticas, y todo lo animaba de un lirismo desenfrenado, lleno de color y tropicalismo. Mas a pesar de tales defectos —continúa Ugarte—, entre 1900 y 1914 sus novelas alcanzaron difusión pasmosa y fueron la cartilla romántica de toda una juventud.

No puede decirse lo mismo de su prosa. Fué por antonomasia un panfletario. Insultaba con suma elegancia y con sangrienta audacia. Su obra de tipo político tiene el cariz de lo trascendental. Instintivamente atacaba con saña las tiranías tropicales. De su pluma no escapó ningún caudillejo americano y a todos los postró entre el lado de los crímenes y los atropellos que cometieron. ¿Quién, para recordar esto, olvida «Los Providenciales», «Los Césares de

la Decadencia», «Ante los Bárbaros», «Los divinos y los humanos», «Verbo de admonición y de combate», «La muerte del cóndor» o «Laureles Rojos»? Qué gran demócrata fué Vargas Vila. Cuántos ídolos de barro rodaron a sus pies. Y cómo no dejó pasar a los tiranuelos lo más mínimo. La democracia continental, defendida acremente por él, le debe un pedestal más alto que la estatua de Manhattan. Vapuleó, castigó, zarrandó sin contemplaciones a los caciques y a los regeneradores. Su agrío y cerrado anticlericalismo lo llevó, por parte de sus aduladores, a una mística paganzante. Como oveja descarriada anduvo acá y allá descargando mandobles. Y su resonancia tenía el acento profético de la rebelión de las masas.

Después de un largo viaje por

Buenos Aires, Montevideo, Río de Janeiro, Barranquilla y México, vino a La Habana. Contrajo allí una enfermedad visual incurable y regresó a Barcelona, donde la Editorial Sopena le publicaba sus Obras Completas y le daba el gusto de llevar una vida principesca con una renta anual de 60.000 pesetas, entonces suma muy fabulosa para quien se ganara la vida con sólo sus escritos.

Ahora que se recuerdan los cien años de su aparición, se pregunta el colombiano común y corriente: ¿Será preferible que se la estudie en su más y en su menos, o es aconsejable que internacionalmente siga revaluándose a José María Vargas Vila como al más grande escritor popular que ha producido América Latina?

Armando Gómez Latorre

Arte y Artistas

EN Figueras causó alegría que en Deauville (Francia) le concedieran el primer premio de composición al pintor figuerense Felipe Vilá, con residencia habitual en Céret, Pirineos Orientales franceses.

En Amposta ha habido Concurso Anual de Dibujo y Pintura organizado por el Casino Instructivo y Recreativo. Sobre 145 obras presentadas sacó el primer premio de Pintura Jaime Brichieus (5.000 pesetas) por su tela «De regreso», y en dibujo se distinguió a Tarrassó por «Pensament d'amor». El conjunto de esa exposición, pasable.

Bajo el denominativo de «Arte Ampurdanés» viaja por la Costa Brava una exposición iniciada en La Escala y que en este momento estaciona en Cadaqués. La ha organizado la revista «Canigó», al parecer como número oficial para la atracción de turistas, pero con la disculpa o ventaja de que la demostración la nutren artistas del valor de Molons, Manera, Vallés, Sibecas, Massot, reforzados —o disminuidos— en esta parada marina, con la cooperación de Dalí, que ha concurrido con unas telas y con sus habituales extravagancias. La conclusión adoptada por la mayor parte de artistas concurrentes a esa suerte de expedición artístico-gitana, es la figurativa.

Sin duda movida por el mismo resorte de atracción de forasteros, la comisión de «fuerzas vivas»

de Tossa de Mar (igualmente en la Costa Brava), organizó una competición «de arte» titulada «Tossa Pintura Rápida» destinada a la práctica del destajo artístico, modalidad que mucho se asemeja a los concursos sindicalnacionalistas de «destreza en el oficio». Incluso se estableció para la ejecución de obras la jornada de ocho horas y sin tiempo suplementario... Las calles de Tossa (que son pocas) se llenaron de pintores y aficionados que se afanaron en sacar su «sanfaina» pictórica en el menor tiempo, alcanzando el primer premio en óleos José Fajol Ripoll, en acuarelas Mariano Oliveras Vayreda y en especialidades varias Emilia Xargay Pagés.

La tónica de esta feria de colores fué la del ejecutor rodeado por treinta mirones en caso archirrepetido y como presidido, todo el mundo, por el espíritu jocoso de Salvador Dalí. Un Santiago Rusiñol se echó en falta por la nota satírica que se habría llevado en cartera. — C. Barcelona.



La Confederación

CON motivo de haber alcanzado de nuevo la Presidencia de la República del Ecuador, el Doctor José María Velasco Ibarra celebró en estos días pasados su primera conferencia de prensa y en la misma declaraba que: «El Panamericanismo hasta ahora ha sido principalmente cuestión de palabras». Añadió más adelante que «Para conceder (los Estados Unidos) un préstamo casi siempre insignificante, ha sido necesario presentar un plan al cual le han faltado siempre algunos renglones y cuando se ha acertado, han faltado comas y puntos, y cuando se ha hecho esto, ha sido necesario nombrar una comisión técnica de los Estados Unidos, procederes que crean resistencia en la opinión nacional».

Este es el hablar docto de un jurista. El hombre de la calle se expresa en otro léxico. Ya vimos como fué la réplica que recibiera Raúl Haya de la Torre en Panamá: «El Panamericanismo es un pan que se comen los americanos (norteamericanos) solos».

No puede ser de otro modo. Panamericanismo no se concibe frente a la desigualdad social, y sobre todo económica que existe en América. Esta idea reclama en primer lugar una igualdad por parte de los países que la integran, de lo contrario sólo podrá haber tutelaje de un lado y vasallaje del otro.

Una idea mucho más asequible y sin artificialidad podría ser la unión de Iberoamérica porque las economías de los países al sur del Río Grande andan bastante parejas y existen, además, numerosos factores de índole cultural, espiritual y temperamental que permiten abrigar estas esperanzas.

«Cada época tiene su escala —dice Salvador de Madariaga—. La de Pericles da la ciudad-Estado; la de Luis XIV da la Nación-Estado. Hoy vamos sin remisión al Continente-Estado» (1). Así parecen corroborarlo las dos comunidades de siete y seis países, respectivamente, que en la Europa Occidental van avanzando poco a poco hacia la solidificación de sus respectivos bloques, económicos sobre todo, pero que entrañarán mejores contactos sociales y culturales como lo es la cláusula 48 de la Comunidad de los Seis que establece el libre tránsito de los trabajadores de uno a otro país y la absorción ilimitada de mano de obra, dentro de la ley de la oferta y la demanda, sin discriminación nacionalista.

Hacer el parangón entre estos países ultra desarrollados, industrialmente, y los nuestros de la América Hispana, infra desarrollados en lo que a la fase económica se refiere, no cabría, pero nos atrevemos a citar el hecho, no para la comparación sino para señalar que la humanidad pareciera querer entrar en razón y empezara a considerar la necesidad de eliminar fronteras, primer paso para el abrazo de los pueblos. Que desaparecieran estos uniformes que limitan el andar del caminante, las bestias, como dice González Pacheco: «Como esos que en Buenos Aires le detuvieron a usted —se dirige a Eugen Relgis—, le

ficharon y le hicieron triste, hasta asco, su estado... Entonces: nada de puentes, que implican también aduanas» (2).

Por lo visto nosotros miramos lejos y el «Anárquico es el pensamiento y hacia la Anarquía va la Historia» de Bovio es un cristalizar constante; lento, quizás, escapando a la retina de una generación, pero realidad palmaria cuando se mira en la cronología monolítica de la historia.

El hecho de que, además de las razones económicas que pudieran existir —o que existen—, tiene Hispanoamérica otros jalones de índole preciosa que implican una comunión entre todos sus países, nos atrae lo suficiente para dedicar unas cuartillas al tema.

«La unidad de su historia —dice Pedro Henriquez Ureña—, la uni-

dad de propósito en la vida política y en la intelectual, hacen de nuestra América una entidad, una magna patria, una agrupación de pueblos destinados a unirse cada día más y más» (3). Es tanta la comunión existente en nuestra América que la presencia de tres razas matrices, blanca, aborigen y negra, y de tres descendientes: mestizo, mulato y criollo, no entraña mayores problemas. (4) Si asombro hay lo provocan los Estados Unidos con sus Little Rock y sus «reductos» de pieles rojas en el Oeste americano. En el Brasil, por exceso de precauciones se arrogó la Ley Arinos contra la discriminación racial y permanece cubierta de polvo en los anaqueles del Ministerio de Justicia sin que haya tenido que emplearse ni una sola vez.

Existen, no se niega, el complejo, sobre todo el del mestizo y particularmente en el altiplano andino, pero el mismo es psicológico, sin que lo haya motivado la violencia ni el *apartheid*. Es un complejo que desaparecerá porque es accidental, como el analfabetismo, la subalimentación, el caudillismo...

«El mestizo es una criatura en transición... La mezcla que lo de-

fine es una mezcla de culturas. Estas culturas tienen, sin duda, una forma racial y biológica; pero la mezcla y la anulación parcial de las tradiciones, el conflicto del ambiente y de los hábitos son los factores que hacen al mestizo. En cuanto se armonicen estos factores, la simple mezcla de la sangre no significará nada» (5).

El mestizaje es más bien una cuestión de latitud. El mismo Waldo Frank anota que basta que el mestizo cruce el altiplano y se vaya a Buenos Aires para que no sea ni indio ni mestizo sino un puro criollo. El mismo gaucho es un mestizo, biológicamente hablando, y sin embargo es el ser que mejor se ha posesionado del terruño. Igual en la Argentina, que en el Uruguay, que en el Brasil meridional el gaucho, con acervo sanguíneo del maragato, según Dornelles, es el elemento más telúricamente compenetrado y en toda aquella extensísima zona el «hacer una gauchada» es ir más allá del favor y sentar categoría de hombría.

En México, porque se ha procurado la participación del indio y del mestizo en la economía y en la cultura mexicana, el problema del mestizo dejó de existir. «Por mi raza hablará el espíritu» se lee en los enormes murales de la Universidad y en el Palacio de la Secretaría de Comunicaciones. El mexicano ya rebasó el periodo de transición, el que señala Waldo Frank: «Cuando el mestizo haya creado su mundo, su naturaleza, que es la naturaleza de transición, habrá desaparecido. Ya no habrá mestizos, habrá nuevos americanos, en su lugar, tan sólo» (6).

Si esta fusión de pueblos se realizara en Iberoamérica, visión que ya vislumbra Simón Bolívar en su célebre discurso de Angostura cuando clama por la unión del Virreinato de Nueva Granada y Venezuela (7) la sangría de España en los siglos XV y siguientes no habría sido inútil y los niños podrían deletrear sus primeras frases, sincera y justamente, con el precioso texto de Juan Zorrilla San Martín: «La América nació de una herida de gloria que esa España se hizo en el corazón... El descubrimiento de América, su conquista, su colonización, fueron un desgarrón de las entrañas de España; por esa enorme herida se derramó su sangre sobre todo el mundo, se fueron con ella muchas energías, que si hubieran quedado aquí —en España— en este hermoso territorio, aquí hubieran dado sus frutos, engrandeciendo a esta nación, dándole prosperidad, como prosperan materialmente los hombres infecundos, los que no parten su pan con sus hijos no nacidos. Hoy hace cuatro siglos ganó la raza hispánica, pero perdió la nación española; y lo que ella perdió fué



CONTINENTE AMERICANO. REGION PLATENSE

de Indoamérica

por VICTOR GARCIA

nuestra vida, fué nuestra herencia».

Se ha pretendido repetidas veces acusar a los españoles de malos colonizadores. Es un orgullo en parte. El español na procedio siempre numanamente y por esto existe una indoamerica con un mestizo dispuesto a irrumpir en la historia de la humanidad cuando termine de ubicarse en nuestra civilizacion, bien apuntalado en las vertientes orientales y occidentales de los paternos Andes. No existe, más arriba del Rio Grande una América con resabios autóctonos. Existe una importación de europeos con sus costumbres y su única sangre porque la miscibilidad está muy por encima de sus prejuicios y de sus sentimientos humanos. Las barbaridades, que no se niegan, cometidas por los Pizarros y los Hernán Cortés, los Diego de Losada y los Quesada, los Mendoza, los Almagro, los Cabeza de Vaca y la gama interminable de conquistadores, además de ser, como dijo Quintana: «Crimen del tiempo y no de España» han sido sobradamente ahogadas por la marea de hombres buenos y trabajadores, cultos y comprensivos, dispuestos a regar la generosa tierra americana con sudor y sangre peninsular y a convertir el Nuevo Mundo en hogar definitivo para él, su compañera india, sus hijos y los hijos de sus hijos.

Dice Salvador de Madariaga: «Abrase un mapa de América y se verá que donde pasó España, salieron naciones; y sólo quedan colonias donde otras banderas ondean» (8). De los procederer antagonicos usados por los españoles y los anglosajones da buen ejemplo la cita que hace el mismo Madariaga de una carta que escribe el general en jefe de las fuerzas inglesas en las colonias de su majestad británica en América en 1763. El General Sir Jeffrey Amherst escribe al coronel Bouquet desde Fort Pitt: «Hará usted bien en intentar contaminar a los indios (quiere decir con viruela) por medio de mantas así como en probar cualquier otro método que sirva para exterminar a esa raza execrable».

Estamos en una época de manumisión colonial. Inglaterra va otorgando poco a poco la libertad a sus colonias. Libertad ridicula ofrecida como dádiva del opresor al siervo y ello a pesar de la leyenda que esculpieron en el palacio del Virrey de las Indias en Delhi: «Hay que elevarse hasta la libertad. La libertad no debe descender hasta las masas». Francia también va cediendo sus posiciones mediante plebiscitos unas veces y por la fuerza de la evidencia otras. Bélgica ha querido hacer lo mismo con su fabuloso Congo con resultados catastróficos... Todo

ello cuando las colonias hispanas ya llevan siglo y medio de libertad ganada virilmente pero también secundada, la lucha por dicha libertad, por los españoles progresistas que como Riego, al negarse a embarcar sus tropas para sofocar los anhelos de independencia de América, posibilitan las victorias de Bolívar, San Martín, O'Higgins, Sucre e Hidalgo. Las dos Españas se escindieron una vez más, con los mismos desgarrs dolorosos de los Comuneros de Castilla, las germanas valencianas, la sofocación de los fueros catalanes; como se escindirían de nuevo en 1936: la oscurantista de un lado la progresista de otro. Se escindieron en el siglo XIX también y, como dice Felipe Alaiz, tanto se luchó en la Península como en América para conquistar la libertad de las colonias de allende el Atlántico. El general Riego y las Constituyentes de Cádiz merecen figurar entre los próceres de la independencia americana. Su puesto está junto a Miranda, Bolívar, San Martín y Sucre.

No habrá ninguna colonia que celebre el día de su descubrimiento. Ni ninguna que se dirija al país que la conquistó con el dulce vocablo de «Madre Patria». Sólo la América Hispana festeja el 12 de octubre y llama a España madre.

Cuando hayan pasado los años los indostánicos dejarán de hablar inglés. En Indochina ya sólo hablan francés los adultos. La Indonesia aborreció el holandés. Los países africanos harán lo propio. Sólo el idioma español ha permanecido arraigado en el Nuevo Continente y no solamente permanece sino que se impone, idioma, cultura, representación genuina de lo hispánico.

Porque al emigrar la libertad a América y al quedarse la barbarie en España todo el acervo cultural y espiritual de la España unamunesca, manriquina, fallera, lorquiana, machadina, casalista, la España de las artes y las letras, la creadora, la revolucionaria vendrá a América donde hay hijas que la esperan.

Es profecía la oración de Ureña: «Si las artes y las letras no se apagan, tenemos derecho a considerar seguro el porvenir. Trocaremos en arca de tesoros la modesta caja donde ahora guardamos nuestras escasas joyas, y no tendremos por qué temer el sello ajeno del idioma en que escribimos porque para entonces habrá pasado a estas orillas del Atlántico el eje espiritual del mundo español» (9).

Vendrá el momento anhelado por Don Miguel de Unamuno en el que la Gran América tendrá la oportunidad de dar, harta de recibir tan sólo. Y la prueba irrefutable de que H. G. Wells estaba

equivocado (10). Quien estaba en lo cierto era el inglés de epidermis William Henry Hudson cuando se felicitaba de que los ingleses, los suyos, hubieran fracasado en las invasiones frente a la Argentina, porque de haberla conquistado la vida humana habría perdido todo su encanto.

La Federación de los pueblos hispanos que dé una barrida definitiva a los límites políticos de todos estos países que se sienten genuinamente unidos por unos Andes con cuyos muros se saben todos protegidos, tendrá que seguir, tarde o temprano, a los ensayos de comunidad económica europea que se realizan en la Europa del Oeste. Tendrán que seguir y tener mayor consistencia porque no será una necesidad económica tan sólo como la que sienten las pequeñas naciones frente a los mastodontes Norteamericano y Soviético a cuyo acose sólo la unión puede aportar solución, sino que entrañará necesidades mucho más hondas, espirituales, culturales, sociales y telúricas que terminarán por demostrar la artificialidad de las fronteras hoy día existentes, que son las que permiten la hegemonía norteamericana y el estado vegetativo de su economía industrial y agropecuaria.

Escuchemos a Walt Whitman y reflexionemos al canto: «Para que haya grandes poetas tiene que haber grandes auditorios». El hombre americano no será Hombre completo con las amputaciones políticas que sufre el Continente. La voz de Indoamérica reclama un inmen-

so auditorio que va desde el Rio Grande hasta la Tierra del Fuego.

(1) Salvador de Madariaga. «Presente y porvenir de Hispanoamérica». Sudamericana. Buenos Aires, 1959.

(2) Rodolfo González Pacheco. «Carteles». Americalee. Buenos Aires, 1956.

(3) Pedro Henríquez Ureña. «Plenitud de América». Peña, del Giudice. Buenos Aires, 1952.

(4) Salvador de Madariaga cita un diplomático haitiano, completamente negro, que en Ginebra, con la mayor naturalidad, se expresa así: «Nous autres, les latins».

(5) Waldo Frank. «América Hispana». Losada. Buenos Aires, 1950.

(6) Waldo Frank. Op. cit.

(7) Angostura, 15 de febrero de 1919.

(8) Salvador de Madariaga. Op. cit.

(9) Pedro Henríquez Ureña. Op. cit.

(10) Dice H. G. Wells en su «Outline of History»: «Es un infortunio para la ciencia que los primeros europeos que llegaron a América fueran los españoles tan escasos de curiosidad, sin pasión científica, sedientos de oro, y llenos de la ciega beatería de una reciente guerra de religión. Hicieron pocas observaciones inteligentes sobre los métodos e ideas indígenas de estos pueblos primordiales. Los exterminaron y bautizaron; pero tomaron muy poca nota de las costumbres y de los motivos que cambiaban ante su ataque».



Figuras de América: José Enrique Rodó

Para un esquema de las contradicciones políticas

Como es lógico, este torbellino trágico de sucesos hiere muy intensamente la imaginación y la conciencia de los hombres capaces de sentir y de pensar con cierta profundidad. Tal circunstancia ha creado una abundante literatura que abarca todas las formas y matices de la meditación intelectual, desde la novela al ensayo. Esta afanosa inquietud del espíritu pareciera obedecer a la necesidad de interrogar a la Política, transfigurada en una diosa enigmática, a fin de poder arrancarle una respuesta capaz de aclararnos la índole de su dramático misterio. Pero, retórica a parte, más valiera que el hombre se interrogase a sí mismo, pues la Política es hechura de su naturaleza y de su albedrío.

Aristóteles descubrió que el hombre es un animal político. Pero desde aquellos lejanos tiempos a la fecha aún no tenemos una respuesta segura, universalmente satisfactoria, que nos diga a ciencia cierta qué es el Hombre, ni qué es la Política, actividad y pasión del hombre.

La respuesta a la primera cuestión sólo puede aparecer implicada ocasionalmente en el desarrollo de nuestro tema, no obstante reconocer que es, por su índole, más importante que ninguna otra. Ello se explica porque nosotros nos hermos impuesto una tarea de menor hondura, pero no menos ardua, al querer formular una respuesta —quizás una de las tantas posibles— con respecto a la segunda pregunta. Mas esta respuesta, a su vez, ha de estar ceñida, limitada a cierto repertorio de ideas y de hechos, pues lo que nos interesa saber por ahora es en qué medida intervienen en esta urdimbre de la historia humana los hilos racionales y los irracionales con que venimos tejiendo el drama de nuestra existencia política. No nos mueve, para tal empeño, una vana curiosidad.

MAQUIAVELO: LA CONTRADICCION RENACENTISTA

La política es parte de la historia. Hemos creído conveniente tomar como punto de partida, para el desarrollo de este tema, cierto momento de la cultura humana que hemos convenido en llamar época del Renacimiento. No consideramos arbitrario este punto de arranque, pues antes de ese momento histórico la política es considerada y actuada como un hacer directamente vinculado y supeditado a designios religiosos, aun en las circunstancias en que estos designios aparecen como siendo muy personales. George Cattlin, en su «Historia de los filósofos políticos», llega a la afirmación de que, en sus remotos orígenes, el pensamiento político nace del pensamiento religioso. La polis grie-

I

JANO, el dios bífrente, es uno de los más viejos personajes míticos de los latinos. Ovidio y Horacio dicen que el templo de Jano era el centro de la paz y permanecía abierto cuando el país no estaba en guerra. Cuentan veraces cronistas que aquel templo sólo permaneció abierto nueve veces en mil años. Mucho más éxito hubo de tener, sin duda alguna, el templo de Marte. Si nosotros fuésemos paganos, tampoco habríamos tenido muchas oportunidades de inmolarse alguna víctima propiciatoria sobre los altares de la pacífica deidad. Es que pertenecemos a una generación que ha tenido el triste privilegio de ser espectadora de las dos grandes guerras mundiales. Y como si esta circunstancia fuese de escasa monta, hemos presenciado, por añadidura, en poco más de medio siglo, un variado repertorio de cruentas revoluciones entre las cuales la de Rusia vale por todas en cuanto a su magnitud e importancia. Podemos decir que hemos nacido y vivido bajo el signo de la violencia.

ga, por ejemplo, célula madre en torno de la cual se organiza y se desarrolla toda aquella civilización por tantos motivos creadora, es una sociedad religiosa y civil al mismo tiempo. Sus reyes, emperadores o tiranos, todas las expresiones personales del principio de

plano de las ideas políticas. «La Edad Media, nos dice Gettell, es esencialmente apolítica. Y cuando aparece la especulación política, se dedica sobre todo al examen de las relaciones entre la potestad eclesiástica y la autoridad secular». Es innegable, no obstante,

por Luis DI FILIPPO

autoridad o de gobierno, participaban de la divinidad. La autoridad no simboliza una voluntad personal y mucho menos social: simboliza la voluntad de los dioses. Aunque lentamente, el pensamiento griego se desprende de esta herencia oriental dando nacimiento a una concepción racionalista de la vida, todavía no llega a concebir la política como una actividad independiente. No olvidemos que Sócrates bebe la cicuta porque los Nomos, dioses de la justicia, así lo han decretado, y él no puede cometer la indignidad de no obedecerles. Por su parte, el advenimiento del cristianismo, cuya época más significativa en este orden de ideas es la Edad Media, crea un nuevo tono vital, pero no alcanza éste a penetrar en el

que el cristianismo impone una escisión en la clásica unidad religioso-política al crear dos mundos implícitos en la sentencia que manda dar a Dios lo que es de Dios y a César lo que es de César. Pues César ha dejado ya de ser Dios. Esta escisión, cuya trascendencia nos parece innecesario subrayar, está simbólicamente expresada en las dos ciudades gustinianas: la Civitas Dei y la Civitas Soli. No cabe duda que para el espíritu cristiano medieval la política en ningún momento es un fin en sí misma, sino un tránsito hacia un fin superior, extra terreno; uno de los tantos caminos que conducen a la ciudad de Dios. Este es el tema central de la cultura en la Edad Media, hasta que llegamos al Renacimiento. En este

instante, la escisión entre los dos mundos asume en el plano de la actividad política concreta y luego conceptual, una fractura que parece ser definitiva. Este acontecimiento histórico tiene una expresión literaria considerada casi mítica; es la de «El Príncipe» de Maquiavelo. Y tanto —o más— que «El Príncipe», «Las Primeras décadas de Tito Livio». Pero este Príncipe es algo más que un personaje, es ya una institución en potencia, es algo así como la raíz de donde ha de nacer la idea del Estado moderno. En adelante este nuevo sentido de la palabra Estado ha de adquirir una significación tan sustantiva que conquistará la jerarquía gráfica e ideal de la letra mayúscula. César perdió su alta dignidad celestial y va a perder también su insigne dignidad terrena.

«El Príncipe», como los demás escritos del florentino, —prescindimos aquí de su producción puramente literaria— no es el producto singular de un fantasía novelesca; es, sí, una obra de arte; tiene todas las excelencias de un capolavoro digno de una época creadora de tantas magnificencias artísticas; pero Maquiavelo no es un retórico; tampoco es un poeta, aunque es capaz de serlo cuando quiere; no es, en fin, un filósofo en el sentido humanista de su tiempo, pero tiene su filosofía del hombre y de la historia. Maquiavelo se nos aparece como un frío, metódico, disector de la sociedad. Inaugura, merced a su enfoque de los problemas de la política, un género literario cuyo contenido entra en la órbita de lo que consideramos hoy un espíritu científico. La excelencia estética de esta producción es dada como por añadidura; está al margen de los propósitos fundamentales de su autor. Maquiavelo piensa como un técnico y en tal sentido crea un arte de la política. Al decir arte no en un sentido estético, sino como sinónimo de técnica, como en el lenguaje de la ingeniería. De aquí que si la política todavía no es ciencia, rigurosamente hablando, por ser técnica ya está en un plano científico, racional; pues la técnica es un producto de la ciencia, es la expresión práctica y utilitaria del espíritu científico. Hasta Maquiavelo hemos tenido un pensamiento político; desde Maquiavelo tenemos una teoría política.

Las páginas de la historia pretérita, la personal experiencia conquistada en los negocios públicos, los viajes que le ilustran sobre las costumbres de los países observados, los acontecimientos de los cuales es actor y espectador al mismo tiempo, son los elementos realistas, concretos, en los cuales fundamenta, este sutil florentino, su filosofía del hombre y de



Mirabeau, político francés de la Revolución

Para un esquema de las contradicciones políticas

la historia. El no opera con abstracciones. Puede llegar a conclusiones abstractas, pero su punto de partida es la realidad. Opera a la inversa de quienes parten de las abstracciones lógicas para terminar en presuntas realidades; que en esto consiste el difícil arte mágico de extraer algo de la nada. Anticipándose a Locke, entre otros, Maquiavelo observó y describió el espíritu humano del mismo modo como se observa y describe un objeto de la naturaleza, un mineral o una planta.

Maquiavelo, pues, plantea el problema de la política en términos tales que toda la filosofía social de la Edad Media y lo que ésta heredara de Aristóteles y de Platón, con sus implicaciones religiosas y éticas, quedan superadas. El porqué de esta posición espiritual, la razón de este nuevo modo de plantear la política como un arte independiente, en cierto sentido autónomo, hay que buscarlo en la razón misma de lo que consideramos la mentalidad renacentista. La del Renacimiento, en contraste con la medieval, es una civilización urbana. «Es una época sin ilusiones, dice von Martin en su «Sociología del Renacimiento», cultiva una ideología de poder, la debilidad es algo despreciable, pues sólo la fuerza es lo que impone respeto. Y como es una época de economía monetaria, la fuerza estaba integrada por el dinero y la economía ordenada. Estamos en los comienzos del capitalismo. Nace el hombre de empresa, el hombre dinámico, el sentido técnico de la organización. El burgués, que ha ganado un gran poder, aspira todavía a más y, de acuerdo con su psicología expansiva y su voluntad de poderío, surge como empresario capitalista sobre la base de la libre competencia, no sólo en el comercio, sino también en la política y en la guerra... La política y la economía se complementan recíprocamente. La economía sirve a la política de poder y ésta a la economía. El vínculo social no está ya constituido por un sentimiento orgánico de comunidad —como en la Edad Media— sino por una organización artificial y



J. P. Sartre, escritor dado a la filosofía política

mecánica desligada de las antiguas fuerzas de la moral y de la religión, y que con la razón de Estado, proclama el laicismo y la autonomía del Estado. Este arte del Estado tiene por base un mero cálculo de los factores de fuerza disponibles. Es una política metódica en absoluto, objetivada y carente de alma».

De las entrañas de esta nueva realidad social, extrae Maquiavelo su filosofía política. Es verdad que en las Academias se cultivaba la retórica y los poetas cantaban las odas a la vida nueva gozándose en este deleite abstracto; pero Leonardo ya afirmaba que las matemáticas constituían la línea divisoria entre la sofística y la ciencia. Esta capital afirmación de Leonardo se insinuaba también en el orden de las especulaciones filosóficas, a tal punto que cuando aún no es posible trazar una clara línea divisoria entre el espíritu medieval que declina y el renacentista que nace, ya un teólogo como Nicolás de Cusa «en lugar de apelar a la lógica formal de los silogismos, se vuelve hacia la lógica de las matemáticas, que representa el medio por el cual podemos elevarnos, por encima del puro sentimiento místico, a la esfera de la visión intelectual», según la observación de Cassirer.

Maquiavelo, pues, refleja en su análisis de la historia y en su elaboración del Estado implicada en sus meditaciones, ese mismo espíritu científico leonardino al querer someter a leyes rigurosas el acontecer político. En este sentido se anticipó a Hegel quien afirmaba que «la tarea de la filosofía pues lo que es, es la razón». Y consiste en comprender lo que es; como lo que es el espíritu humano nos lo muestra la historia, Maquiavelo penetra en la historia como en el santuario de esta nueva fe, la fe en la razón que Hegel ofrecía a los estudiantes de Berlín, el 22 de octubre de 1818.

Nunca se formuló, antes de Maquiavelo, una teoría más revolucionaria por su concepción y por sus consecuencias. «El planteo dado al problema de la política, considerándola una actividad autónoma, en sus principios y sus leyes distintos de las leyes de la moral y de la religión, tiene un gran sentido filosófico, porque implícitamente renueva la concepción de la moral y de la religión, renueva la concepción del mundo» (1) Pero para llegar a esta concepción del mundo hay que empezar por tener una idea de lo que es el hombre, este animal político de Aristóteles. Para Maquiavelo no tiene validez real el concepto abstracto del hombre motivo de las especulaciones de los filósofos, los retóricos y los moralistas. En cierto sentido, está

(1) Antonio Gramsci, «Note sul Macchiavelli, sulla politica e sullo Stato moderno, Einaudi-Milano, 1949.

de acuerdo en que es un pecador, pero no acepta la hipótesis de que pueda redimirse de esta condición (natural, en este o en el otro mundo, por motivos extraños a su propia índole. Por otra parte, el otro mundo celestial no figura en el mapa de la geografía política del escéptico florentino. En este punto central de toda filosofía, Maquiavelo tampoco participa de la retórica humanista. Aparece divorciado tanto de la escolástica cristiana como de las especulaciones platónicas o aristotélicas en boga en los círculos intelectuales de Florencia. El tópico de la dignidad humana, para él, es retórica vacua. Para este frío disector de la naturaleza humana, al decir de José Luis Romero, «lo esencial del hombre es que, por debajo de cuanto ha hecho de él un ser civilizado, subyacen y perduran sus caracteres primigenios, los instintos egoístas de conservación y los impulsos volitivos de dominio... Es, ante todo, naturaleza, y todo lo demás en él es sobre agregado... La historia le ha enseñado —y la realidad que está viviendo lo corrobora— que al hombre hay que dominarlo. Y de aquí que el Estado —en su mítica representación de «El Príncipe»— surge en la imaginación del florentino, como la expresión de esa fuerza de dominio a la cual han de someterse todas las voluntades. De este modo libera a la sociedad y a sus miembros de la tutela de la Iglesia, los libera de las normas morales que esta Iglesia impone; pero sin sospecharlo, somete a los hombres y a la sociedad a un nuevo imperio el cual con el correr del tiempo, ha de transfigurarse en ese monstruoso Leviathan que concibe Hobbes; mítico gigante devorador insaciable de vidas y energías, a quien pudo decirle Shakespeare: «¡Oh, es admirable! Es admirable tener la fuerza de un gigante; pero es atroz usar de ella como un gigante».

El realismo liberador de Maquiavelo culminó en un dramático contrasentido, que fué uno de los grandes contrasentidos del Renacimiento. Pues la libertad que éste postula es la del fuerte, la del príncipe dominador, símbolo personal del que será más tarde personal dominio del Estado. Al divorciar a la política de la ética, Maquiavelo inaugura una filosofía política racional; pero, esta política racional termina en otro contrasentido, pues ella habrá de estar más tarde al servicio de todas las expresiones irracionales del romanticismo hasta culminar en los actuales totalitarismos en auge. Y he aquí como —la historia tiene sus ironías— de un punto de arranque anti-mítico, venimos a parar a una mística del Estado, a lo que Ramiro de Maeztu denunciara como «la herejía alemana», que es ya una herejía universal. Esa cosa técnica, formal; ese artificio administrativo, creado para dar a la



Fidel Castro, ganador de una Revolución que se le pierde en las manos

sociedad ese sentido de unidad que las sociedades del medioevo lograban por otros medios, como ser la religión, la sangre, la raza, viene a transfigurarse en un mito, el mito del Estado. Y como en el Estado se centra todo el hacer político, ya tendremos preconizada, nada menos que por un materialista como Fehuerbah, una religión de la política; y naturalmente no podía dejar de aparecer una mística del Estado. Ya se ha dicho que el pensamiento político nació del pensamiento religioso; tras una larga parábola vuelve al punto de partida. La lógica de los hechos, que tanto amaba Maquiavelo, no avanzó de acuerdo con la lógica de sus ideas. La realidad desmintió al realista. La razón de Estado vino a parar, de hecho, en la menos razonable de las razones. Lo irracional ha penetrado profundamente en lo que debió ser arte racional de la política. Estamos tentados de afirmar que el irracionalismo ha dado un golpe de Estado y vuelve a gobernar al mundo de acuerdo con su más remoto estilo. Vale la pena detenernos algunos instantes para considerar esta anomalía.

dación).

(Figuras intercaladas por la Re-

AVISO

Se puede dar el caso de que varios de nuestros abonados recibieran un número del semanario en lugar del número 80 del SUPLEMENTO LITERARIO, correspondiente al mes de agosto.

En cuyo caso rogamos a los interesados se sirvan comunicar el error a esta Administración con el fin de que el citado número 80 les sea facilitado.



La Escena

Fuente seca

NO es título de obra en estreno, sino referencia al cierre casi absoluto de cortinas observado en Madrid y Barcelona durante la temporada de verano. Solamente en provincias y en caso de fiesta mayor las compañías se defienden, como pueden, merced al desesperado recurso del «bolo».

En Torrelavega (Santander) se anunció estruendosamente concurso zarzuelero con premios un poco interesantes para grupos de actores. Pareció de momento un intento de resurrección del género lírico hispano, pero la realidad llamó a desencanto. Hubo cartel viejo (*La Verbena, El rey que rabió, La Parranda*, etc.), habiendo contribuido a las representaciones cuadros de aficionados en vez de compañías formales, terminando el festival con el consabido reparto de premios y aquí no se diga más nada.

La compañía titular del Teatro Lara madrileño se prepara en el Kursaal donostiarra para el estreno en Madrid de la obra de O'Neill «Largo viaje hacia la noche». Dirige esa formación larense el conocido primer actor Andrés Mejuto, habiéndose incorporado a la misma el galán joven José Martín y la primera actriz Ana María Noé.

Por razones de tipo urbano el Ayuntamiento matritense arrasó el grupo de casas en el que se situaba el Patio de La Corrala, escenario popular justificado hace un par de siglos, pero que el «Muy Ilustre» adoptó en la modernidad(?) franquista para representar, lo más costosamente posible (3.000.000 de pesetas) *La Verbena de la Paloma, La Revoltosa y Doña Francisquita* con la consabida vuelta de *Doña Francisquita, La Revoltosa y La Verbena de la Paloma*. Pues derribado el Patio, el M. I. ha escogido la plaza de París —donde está enclavado el Palacio de Justicia...— para revivir obras viejas del teatro español, dándosele turno esta vez al donoso autor Carlos Arniches, del cual se ha exhumado la comedia «Es mi hombre», cuya intimidad pareció palidecer bajo las estrellas, pues es notorio y archiprobado que el teatro «de cámara» no puede ser alejado del amor de las candilejas so pena de resfriarlo. Esa comedia de Arniches ha sido, empero, lo bien tratada que merece por la compañía actuante y también por la tramoya, recatada en lugar de fantasista. Pero repetimos: el género arni-



chesco, alegre, suave, y por tanto de consecuencias morales, no requiere plaza pública sino coliseo cerrado. Y si el Muy Ilustre carece de teatro que construya uno.

No obstante lo dicho, como estreno podemos ofrecer uno: «Nacida ayer» verificado en el Recoletos. Estreno relativo por referirse sólo a España, puesto que «Nacida ayer», junto con su actor, Garson Kamin, procede de Estados Unidos de América. Entonces, traducción al canto, y negocio en escena. Y negociante sin escrúpulos, de estos que se fabrican una fortuna para luego comprarse una patente de honradez. A vueltas con ese personaje central de «Nacida ayer» andan el periodista sagaz y noble y la muchacha cándida y enamoradiza, resultando de esa contradictoria mezcla de caracteres la abdicación de la maldad que podía resultar integérrima, y el matrimonio de la pareja restante bajo un cielo rosa tachonado de puntitos refulgentes. José Gordón, Carlos Méndez y Hebe Donay tuvieron ocasión de probar su fuerza artística pegando «Nacida ayer» por unas semanas en la cartelera.

De la ciudad condal no brota novedad alguna. En el paralelismo Cómico hay rueda de variedades con Gina Baró (belleza de color espléndidamente formada) en el eje. No faltan en el espectáculo (que ni siquiera es revista) cubanos sonantes y danzantes. Hay también Rosita Rodríguez, por tonadillas; dos graciosas «Harlem»... de la Barceloneta; la Mari Cruz Muñoz, de crédito estilista, más una estela de tanguismos, zapateados, comicidades, jotismos y evoluciones musleras a cargo de las consabidas señoritas del conjunto.

Para el 27 de septiembre habrá



La Pantalla

«Los insurgentes de Alcántara»

PELICULA española (técnicamente manipulada en París) sacada en colores, realización de I. Isamendi con intervención de los siguientes primeros actores: José Suárez, María de Leza y Emilio Quesada.

Coloquemos en escenario de acción los aledaños de Sevilla, donde encontramos Alcalá y nada de Alcántara, con el consiguiente despiste geográfico. Además Carmona no es lo mismo que Alcalá de los Gazules, el mismo Alcalá ya indicado. El señor de Carmona, conde de tal y espíritu malo de «Los insurgentes de Alcántara» (en versión francesa «Les révoltés de Alcántara»), lógicamente hay que situarlo en la localidad de sus desafueros, que es la que le da título nobiliario. Pero pasando por encima de toda preocupación logista aceptemos el problema «histórico» tal como cinematográficamente se nos plantea. El asunto es el bandido Diego Corrientes, el noble airado de la leyenda, el insurgente cabecilla de insurgentes «justificados» en la película sometida a la censura de Franco. El señor de Carmona, jefe de horca



y cuchillo en «Alcántara», dispone embargo de bienes contra los campesinos que no rinden derechos de propiedad por mala cosecha habida. La soldadesca del conde es implacable y brutal, y dos protestatarios son aprisionados. Más imponente que nadie, Corrientes rechaza a un esbirro que se ensaña con la mujer de un detenido, siendo a su vez arrestado. De la cárcel y la evasión al bandidaje no hay más que un paso, y tal bravura se consuma; para ver, en lo sucesivo, un espécimen de bandidaje incruento, inverosímil, casi de Cruz Roja. Un sabueso del conde, que muere, le da eso por percance. A Diego se le tira directo y él replica con disparos al aire.

Lo aceptable del argumento son las tretas características del Diego Corrientes verdadero, hombre de buen sentido, pero también de argucias. La obra, inmejorablemente ambientada en paisaje y en maldades feudales, y poco encajada — cual sugerimos — en el marco bandidesco. El dinero cogido por la banda y desparado a manos llenas entre las gentes pobres no se consigue siempre a la manera incruenta, ni los éxitos sobre las fuerzas corregidoras tampoco.

Hay en la película una contradicción de amores de interés escaso. Contrariamente, la fotografía interesa siempre. Es verdaderamente hermosa. La escena de la vaguada es una caricia para la retina.

El desenlace, teatral, como el movimiento de masas. El gobernador justo de Sevilla lo arregla todo. Diego no es ahorcado y el «traidor» (el conde) queda solitario y en vileza cual le corresponde. La pretendida de éste se casa con el bello Corrientes y todos contentos como unas pascuas.

En síntesis, novela rosa inmejorablemente ilustrada.



Figuras del cine francés.: Jean Gabin

Teatro Amateur (¿por qué no de Afición?) en el Teatro Circular de la Vía Augusta. Será puesta en escena una comedia de Noel Coward, «Un espíritu burlón», en representación única... si no pide bis el respetable. — C., Madrid VIII-1960.

MAXIMO GORKI

ENSAYO BIOGRAFICO



¿CUAL es el rasgo característico de su nueva orientación literaria? El crítico citado anteriormente, dice: «El flamante realismo introdujo un nuevo rasgo en la literatura rusa; empieza a ridiculizar el pasado, la barbarie en todas sus manifestaciones y el burocratismo en el orden social.» (La época pre-revolucionaria en la literatura rusa).

Finalmente, señalemos otro aspecto de la obra de Gorki el Amargo. Es su mensaje invicto para el hombre, la búsqueda apasionada del *sentido de la vida*. Aníbal Ponce, en una nota marginal al artículo «A propósito de la cultura» de Gorki, escribe: «Construir sobre la tierra, la patria nueva, la patria que fuera la verdadera madre de los hombres; construirla en la lucha, en el libro, en la prédica, en la cárcel, en el destierro, en la barricada: levantarla para hoy mismo como morada efectiva sobre el mundo y no como ilusorio consuelo entre los sueños: eso fué para Gorki el propósito, la misión, el objeto de su vida.»

El leit-motiv de sus novelas, de sus cuentos, de sus artículos es el sentido de la vida y la interrogante obsesiva de ¿hasta dónde vamos? Es, pues, el análisis consciente y cotidiano de sí el hombre tiene un mensaje que anunciar, nuevos mundos que descubrir, después de haber sondeado, retrospectivamente, su turbulento espíritu asaeteado por todas las promisoras esperanzas de la vida.

Nuestro novelista expresó, mediante las palabras de un personaje de «El Anunciador de la Tempestad», su misión socrática: «El fin de la literatura — dice — no es otra cosa que el de ayudar al hombre a comprenderse, a despertar fe en sí mismo y a desarrollar en él su aspiración hacia la verdad, a luchar contra el mal, a saber encontrar el bien, a excitar en las almas la bondad, la cólera, el valor y a sacrificarlo todo para que lleguen a ser generosamente fuertes.»

Comprender el sentido de la vida en su plenitud gorkiana es poner al desnudo, valientemente, la gangrena de la sociedad asentada sobre la explotación del hombre por el hombre, que roe las energías creadoras de todos los hombres; condenar con entereza esta sociedad polarizada en que por un lado está la riqueza, el capital acumulado por la explotación, la apropiación de la plusvalía y por el otro la desocupación, la miseria, el hambre, la ignorancia de los que, con su fuerza de trabajo, han creado aquellas riquezas dilapidadas por un puñado de magnates de la industria y las finanzas. Gorki, luchador consecuente, puso su vida y su pluma, maravillosa herramienta forjada sobre la marcha, al servicio de la clase proletaria, del pueblo trabajador.

Ese amor al pueblo palpita encendido en toda la obra gorkiana. Ahí está «Pogrom», crónica de un verismo alucinante, escrita con la más justa cólera en hervor. Es el asesinato colectivo de los judíos pobres, que malviven en los «Ghetos», barrios de la sórdida pobreza judaica. El zarismo mantenía el odio de razas con un fin político, como lo hacía el hitlerismo, para separar las fuerzas populares y aplastar más fácilmente, y por otra parte desviar la atención de las masas de sus reivindicaciones económicas y políticas. Turbamulta patibularia azuzada por los cien negros que ante la perspectiva del botín, hacían sus excursiones sangrientas por los barrios judaicos. Ahí están sus narraciones sobre los campesinos con las carnes rotas a trallazos por los sádicos «barines», terratenientes bárbaros que daban caza a sus siervos con mastines amaestrados. Las relaciones feudales entre los amos y los siervos se convertían en un encarnizado odio, en una lucha virulenta, que crearon una atmósfera de psicosis lindante con la vesania. Un muijic mata a golpes a su mujer y llora, desesperadamente, ante un icono polvoriento alumbrado por una lucecilla macilenta. Muchachillas hambrientas que se dejan desflorar por un pedazo de pan negro. Los bajos fondos de las grandes ciudades exhiben también la laceria de sus miserias: desfile de espectros que todavía se arrastran en las sombras. Cerca a los Kubalda, los vagabundos troveros, los rebeldes y en fin, toda la hez de la periferia capitalista, están también las fuerzas frescas de otra clase que surge: obreros de las fábricas, que organizan círculos conspirativos, intelectuales y profesores que se reúnen clandestinamente para explicar a los soldados su misión en las luchas sociales. Hijos del pueblo, los soldados deben estar junto con el pueblo, porque ellos son también víctimas y temporal-

mente convertidos en victimarios de sus padres y de sus hermanos.

A. F. Marcellino sintetiza así la novela «La Madre»: «Pablo, obrero consciente y revolucionario, y Pelagia, su madre, símbolo de las madres en una época de esclavitud, que por virtud del hijo, gana su conciencia para la causa del socialismo».

«Pelagia exclama en una de las magníficas escenas de la novela mencionada: «¡No se ahoga con sangre la razón...! No se extinguirá la verdad ni aun bajo mares de sangre... No haréis sino acumular rencores ¡locos desgraciados!, y este rencor, este odio, os hundirá...»

«Aparece en «La Madre», la psicología del propagandista — escribe A. Castiñeira — hecha con el realismo característico del gran autor; Pablo, el protagonista, dice: «Nosotros somos socialistas, esto es, enemigos de la propiedad privada, que desune a los hombres, los arma unos contra otros... Queremos luchar y lucharemos contra todas las formas de servidumbre física y moral del hombre... ¡El poder para el pueblo!...» Gorki es, efectivamente, el Anunciador de la Tempestad.

Antes de continuar rastreando las actividades de Gorki en el panorama de la política rusa prerrevolucionaria anotemos, a guisa de digresión marginal, la ubicación del artista dentro de la sociedad capitalista. A la aristocracia de hierro — asienta Torrealba Beci en el prólogo a la edición española de «La Madre» — ha sucedido la aristocracia de la industria, del comercio y de la Banca. No menos tiránica que aquella, dentro de una democracia convencional que no podía destruir, porque ella era la razón de su imperio; esta plutocracia ha allanado las diferencias de abo- lengo para con los literatos; pero dueña de los medios de vivir, no les ha concedido la beligerancia, no les ha mantenido... sino a condición de que no fueran más allá de lo que a los extremos intereses del capital convenía. Como lo que determinaba — y lo que determina — la ley económica de la sociedad es el imperio de una clase, los idealismos de toda especie han tenido que supeditarse a la exigencia de la clase que ejercía la hegemonía social.» La sumisión consciente o inconsciente del Estado Mayor de los escritores a una ideología tendenciosa está supeditada exclusivamente a los intereses específicos de las clases dominantes; estos escritores con los que tienen que idealizar las crudas relaciones de clase, tienen que cubrir con el manto de la fantasía la explotación del hombre por el hombre; pero la clase explotadora amordaza con la calumniosa oprobiosa, la cárcel o el destierro, a los que han tenido el

por Román SAAVEDRA

coraje de desenmascarar el filisteísmo que se agazapa en las almas de esa clase, en su morralla hipócrita, en su mezquindad de chicoleadores.

Gorki se radicó en Capri, isla maravillosa del golfo napolitano y en Sorrento, de ambiente salubre impregnado del aire salino y iodado. El sol inunda los viñedos arrancando coloraciones rutilantes de ámbar; por los caminos la gleba roturada pasan los gañanes, fornidos, soplando sus cornamusas como tritones; en los remansos del mar, caben los acantilados, viejos de barbas caprinas esperan pacienzudamente que los peces piquen en los anzuelos; campesinas terrosas y frescas mozas pasan cantando una tarantella lugareña, con esas gentes sencillas, cálidas de humanidad convive el novelista. Pero no sólo la vida eglógica, con caramillos virgilianos es la que da tonalidad al ambiente, también en las solfataras, en las ciudades y en las aldeas arden las protestas contra los explotadores. Huelgas, paros, marchas de hambre realizan los obreros. También perviven las tradiciones de oscuros héroes populares que lucharon por el bienestar de sus pueblos. Gorki, con los materiales de su rica imaginación y de la realidad circundante plasma, con aliento épico, sus «Cuentos italianos». César Tiempo hace el siguiente retrato del novelista cuando lo entrevistó en tierras itálicas: «Debajo de los anteojos de carey que abandona no bien deja de leer, la mirada resuelta de sus ojos azules habla de lealtad y de astucia. La nariz ancha de base dicotoma, típicamente rusa, los pómulos pronunciados y el bigote de guías pluviales dotan a su fisonomía de rasgos inconfundibles. El cabello recio peinado a lo Humberto I, y la frente surcada por arrugas alternas coronan un rostro de hombre que ha conocido la vida al raso, a través de la pleamar de una existencia vicisitudinaria como pocas»: («Maximo Gorki vivo». — «La Prensa», Buenos Aires, 1941).

Por esa época escribe numerosos artículos, que luego reúne en un folleto intitulado «Lenin y el mujik. Reflexiones sobre la vida rusa», 1922, que tiene, según el juicio crítico del escritor Pancrazi, «la eficacia de un libelo y la frialdad de un documento.» Gorki enjuicia en esta forma el alma rusa: «Conozco bien la fragilidad del carácter ruso, conozco la lastimosa vacilación del alma rusa y su propensión a toda clase de contaminaciones, cuya causa radica en que esa alma siempre había sido vejada y llena de fatigas y de desesperación.»

Perfil humano de don Gregorio Marañón

y III. — La política de la conciliación y el diálogo

La actividad política esporádica del Doctor Marañón le llevó a participar en sucesos importantes de la agitada historia española contemporánea. Su intervención, en 1931, mediando entre el último Gobierno monárquico y el Comité Revolucionario que presidía Alcalá Zamora, contribuyó no poco a facilitar el tránsito pacífico e in-cruento de la Monarquía a la República. La chispa madrileña lo comentaba diciendo que el parto había sido tan feliz merced a la intervención de un médico tan experto.

Fué diputado constituyente de la República. Asistía asiduamente a las sesiones, pero no intervino en los debates. Solía sentarse en un escaño cercano al mío, no lejos de los que ocupaban Unamuno, Ortega y Gasset y Sánchez Román. Cuando los debates se hacían aburridos platicábamos en voz baja sobre temas filosóficos o literarios. Se limitaba a votar, casi siempre con tendencias de izquierda, las reformas que otros defendían. Sus adversarios de entonces — los señoritos monárquicos despechados, de quienes Unamuno decía sarcásticamente que serían eternamente señoritos, porque nunca llegarían a ser señores — se burlaban de los silencios parlamentarios de Marañón. Incluso llegaron a publicar un voluminoso libro con «Los discursos parlamentarios del doctor Mara-

ñón», libro en blanco, donde cada cierto número de páginas se leían unas líneas impresas con éstas o parecidas palabras: «Ley de Reforma Agraria». El doctor Marañón: Sí». O bien: «Ley de se-

paración de la Iglesia y el Estado». El doctor Marañón: No». O en fin: «Estatuto de autonomía de Cataluña». El doctor Marañón: Sí». Don Gregorio se limitó a contestar que él no tenía la costumbre de hablar de lo que no entendía.

En los últimos tiempos de las Constituyentes, el presidente Alcalá Zamora le confió la formación de un gobierno de notables que habría presidido las primeras elecciones legislativas de la República, si Marañón no hubiera fracasado en su empeño. Luego, se apartó de la política activa y volvió a las ciencias y a las letras. Pero vino la sublevación militar de 1936; Marañón, con Ortega y Gasset, Menéndez Pidal y otros intelectuales, representantes del pensamiento libre, firmó un manifiesto en que se condenaba el pronunciamiento militar. En cambio, los prelados de la Iglesia — con las honorosas excepciones del cardenal Vidal y Barraquer — arzobispo de Tarragona, muerto en exilio — y del obispo vasco, lo ben-

dijeron en una desdichada Carta Pastoral que dió la vuelta al mundo.

España se escindió en dos bandos irreconciliables, el de los republicanos leales, y el de los fac-

por Fernando VALERA

ciosos, que tomaron el nombre de nacionalistas, sin perjuicio de solicitar y aceptar la intervención extranjera del nazifascismo para asegurarse la victoria, con la complicidad de las democracias cobardes. Y fué la guerra civil. Marañón, como Ortega, se espantó del espectáculo, y se apartó de la lucha, retirándose al destierro voluntario, mientras Unamuno, allá, en su Salamanca, se moría «del dolor de España».

Marañón permaneció en el destierro varios años hasta que, cansado de sufrir humillaciones en el extranjero, se decidió a regresar a España. Sufrir por sufrir, más valía soportar el dolor y la humillación en la patria. Para comprender y disculpar ésta, que algunos de sus amigos consideramos su flaqueza, hay que haber tenido que optar en el trágico dilema de sentirse desterrado en la patria, o apatrida en el extranjero.

Durante los meses que coincidimos en París, en los primeros tiempos de la ocupación alemana, ambos desterrados; yo, además, perseguido, pude comprobar su alto sentido humano y liberal. El no había hecho la guerra con los republicanos; no se solidarizaba con sus heroísmos ni con sus crueldades, pero sí con sus desventuras, y siempre hizo cuanto estuvo a su alcance para remediarlas. Su simpatía por los desterrados de ahora, le llevó a investigar en los archivos policíacos, documentando notables estudios históricos acerca de la vida de las sucesivas oleadas de exilados en Francia, a través de los siglos.

Reintegrado a España, se reincorporó a la vida social, universitaria y académica; pero se mantuvo discretamente al margen del régimen, aprovechando los resquicios de libertad que a él le toleraban en razón de su renombre internacional, para proclamar sus ideas liberales, protestar de persecuciones arbitrarias y trabajar por la reconciliación y concordia de los españoles. Y nunca negó a los exilados, individual ni colectivamente, la amistad y el respeto. Era, lo que en España se llama un perfecto caballero.

Por eso siempre se pensaba en él cada vez que soplaban vientos de esperanza anunciando que la tragedia nacional podía tener un

desenlace venturoso en la reconciliación y convivencia de las tres Españas, mediante el tránsito gradual, ordenado y pacífico a la normalidad, por procedimientos democráticos.

Permítaseme recordar que una de las primeras invitaciones a esta reconciliación fué la lanzada por el fundador de Falange, desde la prisión de Alicante, al borde del sepulcro, pocos días antes de ser ejecutado. En aquel documento autógrafo, verdadero testamento político de José Antonio Primo de Rivera, abogaba éste por que se formase un gobierno de concordia nacional, dentro del marco legal de la República, para poner término a la guerra civil entonces apenas comenzada, y bajo la presidencia de don Diego Martínez Barrio, hoy presidente de la República en Exilio. ¿Ignoran los falangistas el testamento del fundador, o habiendo aceptado sus doctrinas, no comparten su patriotismo? En aquel gobierno, juntamente con Ortega y Gasset y otros grandes españoles, había de figurar, naturalmente, el doctor Marañón.

Porque Marañón era un hombre de diálogo y de paz, los que hemos aceptado como una fatalidad histórica y como un imperativo del honor y del deber la guerra que no quisimos, la guerra que nos fué impuesta por la rebelión militar y la perfidia extranjera; los que seguimos en el destierro, con hambre de patria, solidarizados al dolor de España y de su pueblo, tenemos el triste presentimiento de que con el doctor Marañón desaparece uno de los puentes tendidos entre las dos orillas, uno de los hombres buenos, capaces de promover entre las tres Españas el diálogo, puente de las almas, que llevase a la comprensión, al olvido y a la reconciliación de todos los españoles. Los signos del cielo presagian, desgraciadamente para España, nuevos días de tragedia.



MADRID. — Alegoría del río Manzanares

SOLIDARIDAD OBRERA SUPLEMENTO LITERARIO

Journal autorisé par arrêté ministériel du 8 mars 1948

Giros: C.C.P. Paris 1350756
Roque Llop, 24 rue Ste-Marthe
Paris (X)

TELEFONO

Red. y Adm.: BOT 22-02

SUSCRIPCION INDIVIDUAL
Trimestre 2,10 NF
Semestre 4,20 NF
Año 8,40 NF
Extranjero (año) 10,00 NF

Extranjero (por avión)
América del Norte 15,40 NF
América del Sur 19,00 NF

Todavía el problema de la cerámica ibérica (*)

VII. El territorio celtibérico : Numancia

a) *La cerámica ibérica en las necrópolis posthallstáticas del Jalón y del Alto Duero y su penetración en el Centro de España.*
Belmonte

HACIA el oeste del Ebro hubo una penetración de la cerámica ibérica en la cultura posthallstática de las tierras celtibéricas y hasta más lejos.

Ya en las necrópolis posthallstáticas de las regiones del Jalón-Luzaga, Molino de Benjamín en la provincia de Guadalajara; Arcóbriga, en la parte vecina de la de Zaragoza — y del Alto Duero-Osma, Gormaz, en la de Soria — (130) se encuentran algunos vasos posthallstáticos con decoraciones ibéricas, pintadas con los motivos más sencillos — líneas onduladas, paralelas, círculos concéntricos y por excepción series de pájaros (Osma) — que puede fecharse en el siglo III por el mobiliario de las sepulturas. Este contiene habitualmente fibulas y espadas de La Tène II. Esta penetración es el punto de partida para la aclimatación de influencias ibéricas en la cerámica de los poblados arévacos de la provincia de Soria, que culmina en las últimas etapas de la cerámica de Numancia.

La penetración de la cerámica ibérica geométrica está atestigüada también por fragmentos con decoración muy sencilla encontrados en Beruela, cerca de Borja (provincia de Zaragoza), también en territorio celtibérico (131).

Más hacia el centro de España hay vasos ibéricos con decoración geométrica, en la provincia de Segovia, en la Erijuela, Cuéllar, (132) en la provincia de Avila en los últimos tiempos de la ocupación del gran poblado y necrópolis céltica de Las Cogotas (Cogotas II, fin) (133) y la cerámica ibérica llega a la necrópolis también céltica de Villanueva de Bogas en la provincia de Toledo (134).

En la zona posthallstática celtibera del Jalón se halla una influencia ibérica que fué mucho más importante que las simples decoraciones en la cerámica de las necrópolis mencionadas. En la de Belmonte cerca de Calatazud, provincia de Zaragoza (135), había vasos de formas generalmente posthallstáticas pero con decoración ibérica mucho más rica y elegante que recuerda la de las etapas B y C de Azaila con guirnaldas de yedra que pueden compararse con las de la cerámica griega de los siglos IV-III, tanto las doradas en las cráteras agallonadas («Rippenkrateren»)

* Este estudio de nuestro apreciado amigo y sabio profesor Bosch Gimpera, terminará en el próximo número.



San Miguel de Liria, Barbarización del estilo (siglo II). Decoración de caza de ciervos con redes

barnizadas de negro — cuya forma aparece imitada en Belmonte — como las pintadas en la cerámica de Marión (Chipre) y Al Mina en el N. de Siria (136) y que en España tienen su equivalencia en la cerámica pintada de algunos de los platos de Fontscaldes en Cataluña, lo que acusaría un nuevo momento de la continua influencia griega en la cultura ibérica que se extendió hasta la zona limítrofe del verdadero territorio ibérico, en la parte oriental de Celtiberia.

b) *La pintura posthallstática y la pintura ibérica en Numancia y otras ciudades celtibéricas*

La influencia ibérica se aclimató sobre todo en los poblados y ciudades arévacos de la provincia de Soria. Allí se introdujo en una civilización independiente de la de los iberos del Este de España y de la llanura del Ebro y, aun cuando reemplaza la cerámica posthallstática, ofrece un estilo totalmente original y distinto de los estilos propiamente ibéricos. Pero la influencia ibérica, en Celtiberia, se desarrolla después de que la cerámica posthallstática de Numancia (137) hubo conocido otra pintura que nada tiene de común con la ibérica y que constituye un fenómeno con raíces en la pintura hallstática de la primera Edad del Hierro. Esta es mal conocida todavía en España, pero se tienen algunos ejemplos de ella, como es el caso de los estucos pintados en las casas y en la cerámica del poblado de Cortes de Navarra (138) en los fragmentos de cerámica pintada de los «castros sorianos (Castilfrío de la Sierra), de las sepulturas de San Cristóbal de Mazaleón y del vaso zoomorfo del Tossal Redó de Calaceite (139).

En la cerámica posthallstática de Numancia se trata de una pintura policroma sobre fondo blanco con escenas guerreras y de doma de caballos (140) muy distintas de los vasos ibéricos. Esta pintura de tradición hallstática habría que fecharla en el siglo IV, pues en el III la influencia ibérica comienza a introducirse con los ornamentos pintados en negro sobre la superficie de color anaranjado del vaso. Estos ornamentos — fechados por los pocos vasos que aparecen en las necrópo-

lis posthallstáticas del Jalón y del Alto Duero que se han mencionado — en Numancia (141) son todavía muy simples y poco a poco se combinan con otros más complicados y con la tradición de la pintura hallstática del grupo llamado semipolicromo todavía en el siglo III. La influencia ibérica acaba por predominar y produce la cerámica celtibérica «iberizante» de barro rojo y pintura exclusivamente en negro que debió desarrollarse sobre todo en el siglo II, aunque pudo comenzar ya a fines del III. Los ornamentos (142) de carácter puramente decorativo tomados de la decoración ibérica — círculos concéntricos, espirales, líneas onduladas — pintados siempre en negro, van junto a una gran abundancia de meandros y swásticas y se combinan con escenas guerreras y rituales cuyos asuntos parecen continuar la tradición hallstática, lo mismo que en el estilo artístico se comprueban las mismas supervivencias que dan a la pintura celtibérica una gran originalidad.

Otro rasgo característico de la pintura celtibérica iberizante es la manera de tratar las espirales que parecen derivar de las más antiguas de Azaila, combinándolas con estilizaciones de cabezas de caballo, así como que se mantenga un aspecto sumamente bárbaro en la composición y en la manera de tratar la figura humana que contrasta con el refinamiento de la decoración ibérica, tanto en las figuras del SE. de España como en la misma cerámica de Azaila.

Es ese carácter bárbaro y primitivo a la larga persistencia de los motivos más simples geométricos, lo que había hecho comparar la cerámica numantina con la cerámica griega, en lo que tanto insistía Mérida. Pero hoy se reconoce por todos que en la cerámica de Numancia, que es uno de los últimos desarrollos de la pintura ibérica o iberizante — precedida por una larga evolución en las regiones en que la pintura ibérica se originó — la semejanza es meramente formal y se trata de simple convergencia.

Además de Numancia otras localidades celtibéricas de la provincia de Soria tienen la misma cerámica de influencia ibérica. Calatañazar (Veluka), Langa de

por P. BOSCH GIMPERA

Duero (Segontia Lanca), Izana, Castilfrío de Fuentesaúco, Ocenilla, Suellacabras (143). Estas localidades contienen sólo la etapa de la pintura negra de Numancia fechada en algunas localidades por fibulas de la Tène II y III pero no mucho más simple que en Numancia, sin las grandes composiciones guerreras y rituales y sin que allí se hubiese desarrollado antes la pintura policroma sobre fondo blanco numantina ni la de los castros hallstáticos.

Puede creerse que la cerámica de fondo blanco con pintura policroma de Numancia pertenece a los pelendones — población céltica de civilización hallstática arcaizante y distinta de los arévacos, grupo oriental extremo de los vacceos de la llanura del Duero medio. Durante la expansión de los arévacos hacia la llanura soriana en el siglo III — sustituyendo a los pelendones en la posesión de Numancia — se opera la transformación de la cerámica con la adopción de las influencias iberizantes en la cerámica posthallstática, formándose entonces el grupo semipolicromo en que se combina la tradición del grupo arcaico anterior con algunos motivos ibéricos. En esta Numancia arévaca, en el siglo II, en la última etapa de la ciudad antes de su destrucción en 133 después del sitio de Escipión, se desarrolla la cerámica roja pintada de negro exclusivamente.

La estratigrafía cuando pudo ser estudiada en las excavaciones de Schulten-Könen (144) apoya en general estas conclusiones. Hay una capa inferior con cerámica hallstática arcaica y con la de los «castros» de la montaña soriana de los «pelendones».

A esta capa se superpone la ciudad quemada de los arévacos con la cerámica posthallstática y de la pintura negra en gran abundancia. La posición estratigráfica de la pintura policroma de fondo blanco y de la semipolicroma no está clara; pero el hecho es que la cerámica del grupo policromo constituye un hecho excepcional en el conjunto del inventario de las casas y parecería la herencia del período intermedio entre el primitivo «castro» pelendón y la ciudad arévaca así como por su carácter predominante de tradición hallstática podría atribuirse todavía a los pelendones, siendo las formas posthallstáticas en ella una influencia de los vecinos arévacos.

Es un hecho que las necrópolis posthallstáticas más antiguas — como Aguilar de Anguita, por ejemplo — no tienen aquella cerámica, sino la roja que en el siglo III recibe algunos ornamentos ibéricos, precedente de la nu-

Todavía el problema de la cerámica ibérica

mantina con pintura negra «ibérica». El grupo intermedio semipolicromo recogería a la vez la herencia pelendona de la pintura de tradición hallstática y las influencias ibéricas de la cerámica posthallstática arévaca, en la que dichas influencias acabarían por ser cada vez más considerables y en que la tradición arévaca de la cerámica roja acabaría por predominar.

El cambio de población en la llanura soriana y sus proximidades parece comprobarse en Castillejo de Fonsauco por la estratigrafía; una capa inferior pertenece a la cultura de los «castros» hallstáticos de la montaña soriana de los pelendones y sobre ella, en una capa distinta, la civilización numantina con cerámica roja pintada en negro (146). *Tañine* — en la montaña del N. de la provincia — parece comprobar el mismo cambio de población, pues allí hay un «castro» más antiguo sin cerámica roja, que sería de los pelendones, lo mismo que la capa inferior de Castillejo de Fonsauco y cerca de él un poblado arévaco con cerámica numantina de pintura negra.

La cronología absoluta de Numancia es segura para su momento final en 133 a.d.n.e., al que precedería inmediatamente la cerámica de pintura negra. Para los otros grupos hay que proceder estimativamente y por comparación con las necrópolis posthallstáticas. Así, la introducción en ellas en el siglo III de las influencias ibéricas fecharía el grupo semipolicromo en que dichas influencias se hacen ya sentir. Lógicamente el grupo policromo sin influencia ibérica y con tradición hallstática es anterior, probablemente del siglo IV, aunque su principio puede ser anterior, sin que pueda calcularse exactamente la fecha inicial.

P. BOSCH GIMPERA

(130) Bosch, *Etnología*, p. 560, fig. 505; Bosch, *Problema Cer. ib.*, p. 33, figs. 13-14; Bosch, *Troballes de les necrópolis d'Osuma i Gormaz adquirides pel Museu de Barcelona*. (Anuari VIII, 1921-26, pp. 171-185.)

(131) Para la cerámica de Beruela — que nos fué mostrada por Blas Taracena en el Museo Numantino de Soria, resultado de una prospección, no conocemos sino la referencia de Bosch, *Not. preh. arag.*

(132) Bosch, *Etnología*, fig. 425, pág. 538.

(133) Bosch, *Etnología*, fig. 434, p. 536; *Maluquer-Taracena*, figs. 101 y 102.

(134) G. Llopis, *Necrópolis celtibérica de Villanueva de Bogas (Toledo)*. (Archivo Esp. Arq., 1950, pp. 196-198).

(135) Bosch, *Not. preh. arag.*, pp. 60-62 y figs. 17-19; Bosch, *Etnología*, figs. 507-508, pp. 561-563; Bosch, *Poblamiento*, lám. LXX.

(136) B o s c h, *Beziehungen; Bosch, Relaciones*; P. Hermann, *Das Graeberfeld von Marion auf Cypern*. (48 Berliner Winkelmannsprogramm, 1888), p. 51, fig. 42. Ver también tales guirnaldas pintadas en cráteras de estilo local de Al Mina (Sueidia), en el N. de Siria; C. L. Woolley, *Al Mina*, Sueidia. (J.H.S., LVIII, 1938, pp. I y ss.), en donde aparecen en el nivel III que se fecha de 430 a 375.

(137) *Exc. Numancia*, J. R. Méhida, B. Taracena y otros, memorias sobre las excavaciones ulteriores en *Mems. Junta Exc.* de 1915 a 1925-26; Paulsen, con muchas ilustraciones; Taracena, *Arte Ibérico. Los vasos y las figuras de Numancia*. (IPEK, I, 1925, pp. 74-95). También ver las ilustraciones de Bosch, *Etnología*, pp. 750 y ss., y B. Taracena, *Carta arqueológica de España. Soria*. (Madrid, 1941).

(138) J. Maluquer de Motes, *El yacimiento hallstático de Cortes de Navarra I*. (Pamplona, 1954), láms. LXXXVII-LXXXIX (estuco) y XC-XCI (cerámica).

(139) La cerámica pintada del «castro» del Castillfrio de la Sierra reproducida, según Taracena, por Bosch en *Etnología*, p. 547, fig. 493. Cerámica hallstática pintada del Bajo Aragón: los fragmentos de las sepulturas de San Cristóbal de Mazaleón reproducidos en colores, en Bosch, *Anuari V*. El vaso zoomorfo del Tossal también en esta publicación, página 831, fig. 60. Ver también M. Almagro, *La España de las invasiones célticas*, (vol. 1, 2 de la *Historia Esp. M. P.*) fig. 167 (fragmento de San Cristóbal) y figs. 164-166 (vaso del Tossal Redó).

(140) *Exc. Numancia*, láminas XXXVII, XLVI; Paulsen, láms. 9-11 y 13, 2; Bosch, *Etnología*, pp. 588-590, figs. 531-533; *Maluquer-Taracena*, lám. C. y figs. 173 y 175.

(141) *Exc. Numancia*, láminas XXX F-J, XXXIII, XLVIII Paulsen, láms. II, I-5; 12, 13, 14, 15. Bosch, *Etnología*, fig. 534, p. 491, *Maluquer-Taracena*, lám. D y figs. 174 y 175.

(142) Taracena, *Exc. prov. Soria*; Taracena, *Exc. Soria y Logroño*; Bosch, *Etnología*, pp. 578-581 y fig. 505 (p. 559).

(143) Paulsen y Bosch, *Etnología*, pp. 582-583 y figs. 514-516 (pp. 573-575).

(144) Taracena, *Exc. Soria y Logr.*

(145) Taracena, *Exc. prov. Soria*.

LOS LIBROS

« Salvador Seguí. Su vida y su obra »

(Cuadernos Populares de «Ediciones de «Solidaridad Obrera»)

ESPERABAMOS este libro con curiosidad rayana en la impaciencia. Tanto se había anunciado y tan excelentemente se había propagado la importancia del texto, que al abrir el pequeño volumen—una vez llegados a casa—no pudimos menos que abreviar la cena para dedicar unas horas a la lectura de este opusculo de 140 páginas, que ahora a conciencia podemos calificar de contribución estimable a la Historia del sindicalismo hispano.

La obra en sí es leible con algún respiro. Es ilustrativa, pero no homogénea. No se trata de un trabajo cabalmente desarrollado por un investigador o relator ceñido a su tema, sino de varias aportaciones de pronto ordenadas y finalmente precipitadas por falta de colaboraciones intermedias. En vista de los materiales disponibles, también nosotros creemos que no se podía hacer otra cosa. Con todo, estimamos que la biografía completa del «Noi del Sure» (como popularmente Seguí era conocido) con esta aportación de «Solidaridad Obrera» de París ha dado un paso importante.

Destaca en la obra la aportación casi cronológica de José Viadiu, el cual abarca con conocimiento de causa todos los momentos, todas las facetas de la apasionada y bulliciosa existencia de su amigo biografiado. De por sí el trabajo de Viadiu valdría por todo el libro de no constar en él la opinión propia vertida por el mismo Salvador Seguí en un encierro militar de España, manifestación oral que es posible el propio Viadiu recogiera a su debido tiempo para legarlo a la posteridad, consiguiendo con ello rendir servicio incalculable a sus compañeros de causa y a cuanto buceador de historia recorre afanoso los senderos de la incertidumbre para dar con el tesoro diluido, escondido u olvidado, de la gran epopeya libertaria acometida por tantísimo héroe anónimo de la Confederación Nacional del Trabajo. Seguí, tipo característico y relevante de esta sindical en los años que van del 1910 al 1923, desfila por el «diseño» completo perfilado por Viadiu en espera de la posesión normal de nuevos materiales que exijan relación cabal y amplia de la trayectoria moral, ideológica y — ¿por qué no? — física del mejor orador que ha tenido el proletariado español en todos los tiempos. Por ejemplo, los discursos del «Noi» han de ser encontrados y publicados, pues sin ellos todo relato sobre el mismo forzosamente ha de resultar incompleto.

La conferencia que se publica original de H. Plaja, tiene impor-

tancia por lo que tiende a la rehabilitación de una figura amiga, y la aportación de otros autores (hasta 14) la consideramos emocional y hasta colorida a causa de haber intimado con Seguí, su compañero de ideas y de sindicato, o de tertulia simplemente.

En conclusión, este libro no deja de ser un documento indispensable.

RICARDO ENCINA

«La revolución desconocida»

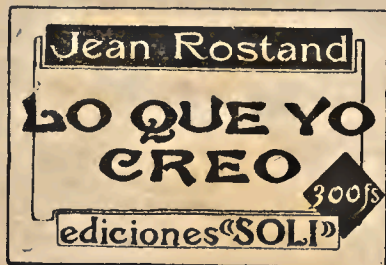
Edición «Les Amis de Voline» (francesa) y edición «Solidaridad Obrera» (española).

HOY que tanto preocupa el empuje comunista ruso en el área mundial, y previsto que muchas personas inteligentes tratan de conocer en todos sus aspectos la prédica y el resultado de la doctrina leninista, importa mucho, en tanto se conoce lo escrito por comunistas militantes, historiadores «neutros» y comentaristas favorables a la burguesía, revisar igualmente lo escrito directamente por revolucionarios rusos no bolcheviques, subversivos de la primera hora que participaron en las jornadas de Moscú y de Petrogrado en 1917 tras haber combatido al régimen zarista desde un punto de vista totalmente opuesto al autocratismo y a la tiranía de partido, y que tras la derrota de las revoluciones libertarias de Cronstadt y de Ucrania (ésta conocida por la Machnowichkina), han ido pereciendo en el calvario de Siberia (zarista ayer, bolchevique actualmente) o en las híbridas y dilatadas llanuras del exilio europeo y americano.

«La Revolución desconocida» («La Révolution inconnue» para la edición gala) es un libro de memorias fidedignas escrito por el anarquista ruso Vsévolod Mikhaïlovitch Eihembau, dicho Volin, hombre de gran cultura y de un dinamismo irreprimible que le situó siempre en primer plano en la lucha revolucionaria sostenida sucesivamente por el pueblo ruso contra el zar, los alemanes de ocupación en 1917-18, el burguesismo kerenskista y el reaccionarismo bolchevique encarnado por Lenin y Trostki y luego por Stalin.

«Le Revolución desconocida» es un documento formidable, un alegato indestructible para presentar el movimiento comunista internacional como nacido de una concepción atrozmente reaccionaria incubada en el Kremlin y nunca en el corazón del pueblo ruso.

En su idioma de preferencia el lector encontrará este libro en el Servicio de Librería de este SUPLEMENTO LITERARIO.



MESA REVUELTA



A Noel-Noel le contaron que un terremoto había damnificado a la villa polaca de Knedjkaroliskai. Absorto, el doble Noel preguntó: «¿Y cómo se llamaba ese pueblo antes del seísmo?»

Por el mismo hilo vaya el caso de nuestro suscriptor «Teo» Calvicio, que vino a reclamar por qué no recibía el SUPLEMENTO. «¿Cómo quieres recibirlo con ese nombre tan extraño?» — se entrometió, ensimismado, Miguel el Inefable.



Para evitar la caída del cabello un charlatán español recomienda frotarse la cabeza dos veces al día con papel de periódico.



Juicio de faltas.

Una muchacha propuso a un viandante, luterano por más señas, la comisión conjunta del acto perpetuador de la especie. Al declararse abstemio y ofendido, el invitado recibió un paraguazo de la osada señorita. Respondiendo de su delito, la acusada advirtió al juez que ella cree en los hombres y no en los loros de Lutero ni en los simios de la Justicia. Franqueza que le valió doble condena.



Siendo soltera la princesa Margarita fué «cogida» por fotógrafos ingleses en traje ligero de baño, saliendo del trance indignada y precavida.

Ahora, con un fotógrafo inglés por marido, se ignora si la opinión de Margarita ha cambiado.



En España hay abundancia de atracadores que se fingen policías y exceso de policías que inspiran desconfianza de atracadores.

LIBROS * LIBROS * LIBROS

SOCIOLOGIA
HISTORIA
LITERATURA
CIENCIAS



PEDAGOGIA
NARRACIONES
BIOGRAFIAS
POESIA

Adquirirlos en «SOLI», 24, rue Ste. Marthe, Paris (X^o), es ayudar al Suplemento.

BIBLIOTECA DE «SOLI»

«Adelgazar con inteligencia», Dr. G. Hausser ..	5 50	«Amor y matrimonio», (cartóné), Ellen Key	5 50
«Adolescencia y cultura en Samoa», M. Mead	7 50	«Amor se escribe sin hache», E. J. Poncela	10 00
«Aestética in Nuce», B. Croce	5 —	«Antología de la poesía amorosa universal»	5 50
«Aguas tenebrosas», Frank y Marian Crockrell	3 50	«Así termina la noche», Remarque	7 50
«Aguas del Atlántico», J. Patán	0 50	«Anarquía y revolución en el Paraguay», Cibils	8 00
«Apoyo mutuo (El)», Kropotkin	2 00	«Anatomía artística», Duval	7 50
«América hoy», Victor García	10 00	«Amantes de Verona (Los)», J. Godeau	3 90
«Antología de la poesía occidental», E. Sosa López	16 00	«Animas benditas», Elías Caslenuovo	1 00
«Amor y el señor Levisman (El)», Wells	2 45	«Alma y el amor (El)», Magnus Hirschfeld	5 00
«Así cayeron los dados», V. Botella Pastor	7 50	«Angustia, tensión y relación», E. Krapf	5 40
«Aire y sus misterios (El)», C.M. Botley	5 00	«Alegria del vivir (La)», O. S. Marden	5 50
«Actuales» (tres volúmenes), Albert Camus	19 65	« La aguja hueca »,	2 —
«Albores de la libertad», E. Relgis	2 50	« Aritmética y álgebra », Hachette	6 50
«Algebra y trigonometría», Bruño	3 50	« Los artesanos del porvenir », Han Ryner	1 —
«Del amor y del sexo», Oriol Anguera	6 00	« Los animales », Gerardin	1 75
« Anarquía y orden », H. Read	8 00	« Aguja de marear », Garnier	2 —
«Antología de la poesía española contemporánea», H. Pardellans ..	4 00	« Aspectos del vivir hispano », Américo Castro ..	2 —
«Antología de la prosa narrativa española contemporánea», Pardellans	4 00	« Auge y ocaso del Imperio hispano », S. de Madariaga	26 —
«Artículos de costumbres», M. J. de Larra	1 50		
«Artículos de costumbres», Colección Austral S.	3 00		
«Aspectos de la América actual», Pedro Vallina ..	2 50		
«Análisis del psicoanálisis», G. F. Nicolai	15 00		
«Aurora espléndida», Jack London	5 00		
«Atlas Medio Universal y de España», Ed. Aguilar	15 00		
Atlas Bondel» (de bolsillo con datos estadísticos) ..	2 50		
«Autoanálisis (El)», Karem Horney	8 00		
«Arte de pensar (El)», E. Dimnet	5 50		
«Aventuras del Barón Munchausen», G. A. Burger	7 50		
« Alrededor del mundo », Depuis	2 00		

Giros y pedidos a Roque Llop, 24, rue Ste-Marthe, Paris (X) CCP, 13507-56. Sobre los precios hay que añadir los gastos de envío. Descuentos acostumbrados a las Federaciones Locales.



En la Universidad de Yacarta (Indonesia) ha sido traducido el «Don Quijote de la Mancha» en idioma malayo. En Betanzos (Galicia) el académico regional Vales Lllamarin está poniendo la misma obra en lenguaje gallego.

En las excavaciones arqueológicas que se realizan en el llamado barrio gótico de Barcelona, siguen apareciendo en gran número esculturas, columnas, lápidas, relieves, y otros motivos romanos que durante el imperio de Galieno (siglo II) fueron utilizados en la construcción de muros de defensa, uno de los cuales la investigación está descubriendo.

En San Sebastián se proyecta el establecimiento de un «Premio Baroja» de novela. Impulsor del proyecto: José María Bellido. Hay tendencia a clericalizar la empresa, pues los originales «se recibirán hasta el 20 de diciembre, onomástica de don Pio».

Ha causado la mejor impresión entre artistas y aficionados a las artes la aparición del libro de Jaume Pla, «Els gravats de Xavier Nogués» (1873-1942), uno de los talentos más relevantes de la promoción «Arts i Artistes».

Tarragona trata de utilizar sus espacios romanos para Festivales artísticos con fines comerciales.

El grupo folklórico provenzal «La Cardeline», de Bollène, ha dado audiciones de sus danzas y de sus cantos en Barcelona y diversos lugares de la Costa Brava, habiendo gustado al público.

Falleció en Boulou (P.O.) donde se hallaba veraneando, la notable actriz catalana y militante antifranquista, Aminda Valls. Apenados por tan infausta referencia.

En homenaje al poeta Juan Maragall ha sido representada en Caldes d'Estrac la escenificación en tres actos del poema «Nausica», basado en la «Odisea» de Homero.

Ha terminado en Madrid la tanda de conciertos veraniegos ejecutados por la Banda Municipal en los jardines del Retiro. En sus conciertos la Banda ha dejado oír piezas de Sousa, Schubert, Tchaikowski, Cases, Soutullo y Vert, Mozart, Chapí y otros compositores.

Festival de música española en Ginebra. Tomarán parte en el mismo Zabaleta, arpista; Segovia, guitarrista; Gaspar Cassadó, violoncelista, y la Orquesta Nacional de Madrid dirigida por Rafael Fruehbeck.

Unos ladrones se han llevado la colección de «Tauromaquia» (33 grabados) de Goya, hasta aquí depositada en el Círculo de Bellas Artes de Madrid.

¿Qué quiere la nueva generación?

La herencia de los jóvenes no puede ser más desastrosa: guerras, dictaduras, democracias corrompidas, enseñanzas perversas del medio ambiente, cultura libresca de repetición y ansias de gozar, después de las restricciones, éste es el saldo de la actual civilización decadente.

¿Cuál es la nueva generación?... No existe en realidad como transformación que se busca por los idealistas.

La juventud se desparrama en todos los lugares en que el hombre se aborrega para pensar de acuerdo con la mayoría que sigue las modas malsanas, que son:

La niñez militarizada en los cuerpos de los muchachos excursionistas o exploradores; los estadios del deporte en sus variedades y juegos de azar tramposos; las Iglesias y sus diversiones juveniles; los bailes dislocados, de desenfreno erótico, que exaltan hasta el paroxismo las músicas sincopadas, estridentes, que impulsan a los danzantes a suicidas acrobacias; los copetines y los cigarrillos, que también se han introducido en las mujeres, degeneradas; las procesiones y las concentraciones patrióticas, en que la furia juvenil pide «enseñanza libre», como diapasón al predominio religioso... ¡Qué estúpido sarcasmo!

Hay asimismo un gran sector juvenil que obedece ciegamente las consignas del comunismo soviético. La juventud se halla en todas partes menos en los pocos sitios donde podría orientarse para ser un elemento valioso de completa renovación social.

No se olvide que es una falsa posición la edad cronológica.

Siempre hubo, hay y habrá jóvenes descreídos y hombres más que maduros que se mantienen lozanos hasta su muerte. Las diferencias son notables y pertenecen a la biología, único estudio interesante para una convivencia racional.

Hay una juventud universitaria que aspira a título profesional y a engranarse en el sistema de la mentira oficializada y del privilegio. Aquí se encuentran los «empollones», que «empollan» el huevo de siempre, de las tradiciones y de los convencionalismos.

¡Ilusión la de la «nueva generación»! Todas las generaciones nacen y se desarrollan en los moldes que mantiene y cuida la funesta y paralizante casta autoritaria.

No hay más que dos clases que se ramifican en múltiples tendencias: una es la de los indiferentes que quieren sacar provecho inmediato del mundo, y la otra es la de los activos refractarios, que son pocos y nunca escuchados, porque pretenden nada menos que despertar al hombre pa-

ra que desobedezca los dictados de una sociedad absurda en que predominan los malhechores.

Una nueva generación sería la que hubiese hecho tabla rasa de todos los prejuicios y se dirigiese por nuevos caminos, hacia la genuina libertad del hombre y de su humanidad. Para este fin sobran las doctrinas, las religiones, los explotadores, el patriotismo, las fuerzas regresivas y opresivas y todo elemento que mantiene la injusticia, la desigualdad econó-

eslavos que en cualquier otro lugar donde los habitantes se hallan completamente esclavizados y están contentos.

«El aire, la luz y la vida deben ser cerrados y se construyen prisiones, iglesias, cuarteles y ministerios. Cada encierro tiene su emblema y su llamada rebañega: chimenea y sirena, cruz y campana, bandera y clarín... ¡Siempre murallas! La misión del hombre no es expandir el amor, sino servirse de su libertad para en-



neas parecen cañones dirigidos al cielo para incitarle a la guerra.

«Sin sus fábricas: de conservas para malalimentarse, de tejidos, para malvestirse; sin sus papeles para embrutecer su inteligencia; sin sus hierros, alambres de púa y armas para defender su mercantilismo; sin sus magistrados, sus amos, sus curas, sus soldados; sin sus códigos, sus reglamentos y sus catecismos, el hombre se sentiría perdido. ¡Necesita prisioneros y prisioneros!»

Todo se justifica con la careta de «no hacer al prójimo lo que nadie quiere para sí». En la práctica impera sádica la máxima contraria: «Hacer a los demás lo que cada uno no quiere que le hagan a él».

Este es un pálido reflejo del mundo actual y es dudoso que la «nueva generación» pueda limpiar tanta basura humana. Ni dios, en el que todos creen, con sus coros de ángeles y serafines, ni con su imponente corte celestial, se decidirá a meter sus sagradas narizotas en este estercolero que su mejor criatura, el hombre, acumuló a través de sus desgraciadas edades.

por M. COSTA ISCAR

mica y la barbarie autoritaria en todos sus múltiples aspectos. Estos males no se curan con los tópicos vulgares que se hallan infiltrados como virus de gran malignidad en la nueva generación, igual que en las precedentes.

Esta nueva generación seguirá obedeciendo la consigna que tan irónicamente describió A. Jacquelin en «L'Unique»:

«Las leyes dictan la conducta. Hay fabricantes de leyes y hay fabricantes de conservas y de morales. No son los sentimientos los que deben guiarnos, sino lo reglamentario, el catecismo, el código penal, la enciclopedia de las leyes... El deber de cada uno es entregarse voluntariamente o por fuerza a las autoridades civiles, militares y religiosas para que reinen el orden, la paz y la libertad. Mas ¡cuidado con pasar las fronteras! Una patria es un trozo de la tierra donde los hombres se creen un poquito menos

cadena, de su paz para guerrear, de su vida para morir antes de tiempo. En nombre de la libertad, de la unión, de la paz, el hombre diseña, fracciona, secciona, separa y divide. Cada uno tiene que pertenecer a religión, partido, clase, tradición. ¡Sin algún mito no se puede vivir! Detrás de tantas barreras, llamadas enfáticamente morales, el hombre se ha acantonado para vivir con seguridad... ¡Y resulta que muere por asfixia! Nadie se percató de que despedazar la vida equivale a dispersar la propia sensibilidad y que levantar murallas es lo mismo que sembrar la tierra de tumbas.

«En las ciudades, esplendorosas moradas del hombre, se paladea el relente pestífero de una atmósfera contaminada. Las fábricas, los cuarteles y los monumentales edificios en que muere esclavizado el ser pensante y rumiante, se multiplican. Las humosas chime-



Manifestación en Londres contra la presencia del ministro franquista Castiella